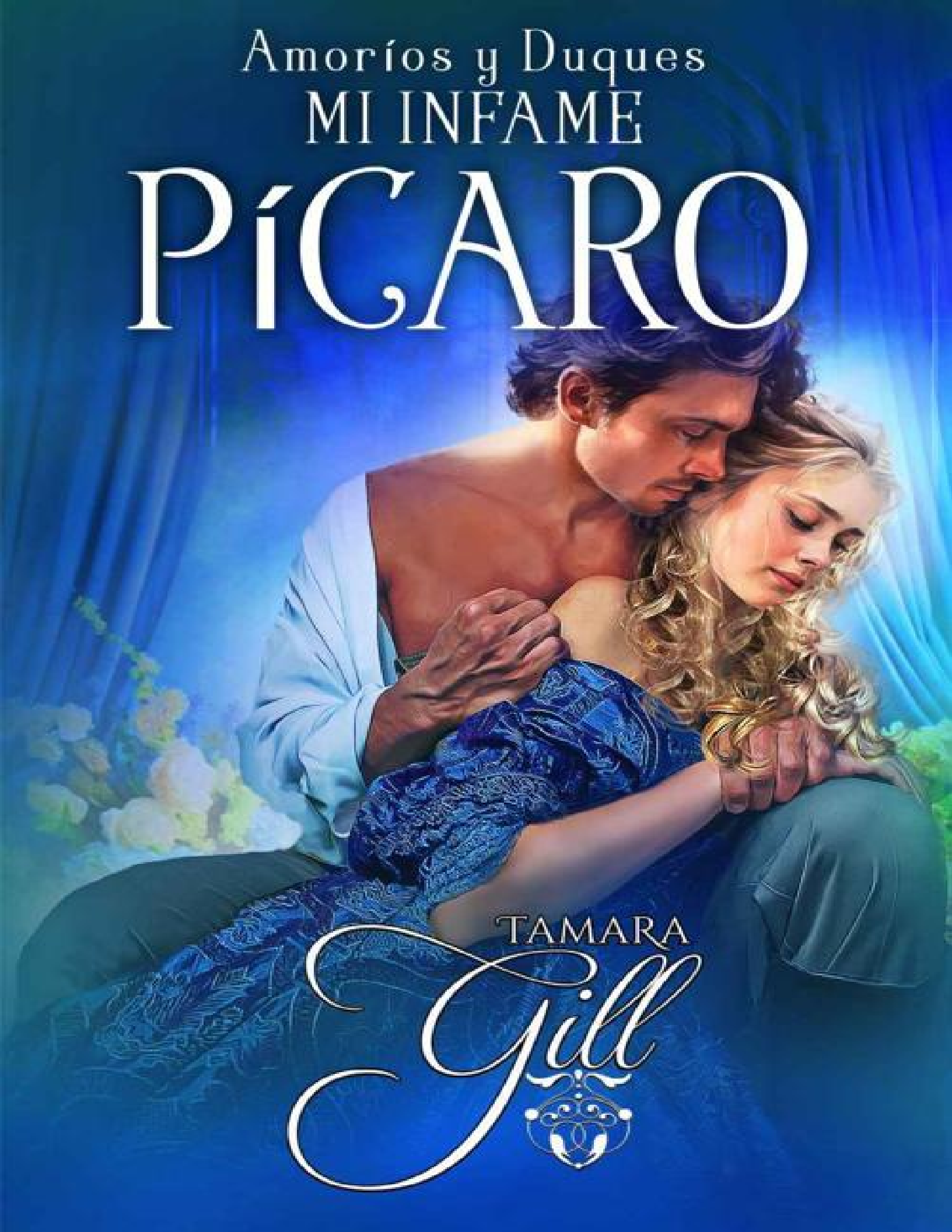
Amoríos y Duques

MI INFAME PÍCARO



TAMARA Gill

Amoríos y Duques

MI INFAME PÍCARO

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Epílogo

Otras Obras de Tamara Gill
Acerca de la autora

CRÉDITOS

Mi infame pícaro
Amoríos y Duques, Libro 2
Copyright 2024 por Tamara Gill
Portada Wicked Smart Designs
Todos los derechos reservados

Este libro es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del escritor o se han utilizado de forma ficticia y no deben interpretarse como reales. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos reales, lugares u organizaciones es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Sin limitar los derechos de autor reservados anteriormente, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o introducida en una base de datos y sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o medio (electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de otro tipo) sin el previo permiso por escrito tanto del propietario de los derechos de autor como de los editores anteriores.

SINOPSIS

En un mundo donde la mirada de la sociedad a menudo pasa por alto a personas como la señorita Dorothy Wright, una solterona con una resiliencia que se niega a ser silenciada, el destino le juega una mano curiosa. Cuando se entera de que dos caballeros están tramando convertirla en el peón de su temeraria apuesta, se niega a ser víctima de sus juegos. En cambio, le da la vuelta a la situación al arrogante Lord Howard, usando su conducta poco caballerosa a su favor.

Lord Hunter Burrell, conde de Howard, nunca anticipó que la señorita Wright descubriría su pérfida apuesta. Ahora, atado por su propia insensatez, está a su merced durante toda la temporada. Pero lo que comienza como una obligación reluctante pronto se transforma en un torbellino de escapadas inesperadas con Dorothy al timón. La Solterona de la Temporada emerge no como una flor de pared, sino como una fuerza cautivadora, arrastrando a Lord Howard a una danza de intriga y deseo que nunca vio venir. Mientras las chispas vuelan y las tensiones aumentan, Hunter se encuentra enredado por una sirena cuyo encanto puede resultar imposible de resistir.

CAPÍTULO
UNO

HUNTER BURRELL se frotó la mandíbula con la mano, esforzándose por mantener los ojos abiertos mientras atravesaba Hyde Park en las primeras horas de la mañana.

La empalagosa fragancia del perfume de rosas de su amante se aferraba a su ropa, y arrugó la nariz al recordar la noche anterior. Había sido poco entretenida. De hecho, había sido francamente incómoda.

Quizás era hora de que dejara que Hester encontrara un nuevo benefactor que disfrutara de su compañía en la cama; sin duda, él ya había tenido suficiente.

La visión de un magnífico caballo negro galopando por el parque a primera hora de la mañana lo sacó de sus cavilaciones, y durante varios latidos, observó fascinado al jinete.

El muchacho sabía montar bien, y en cuanto al caballo... ¡qué bestia tan magnífica!

Intrigado, Hunter espoleó a su montura para que iniciara un trote y fue tras el individuo, decidido a averiguar quién era, aunque solo fuera para salvarse de sus aburridos pensamientos. Le tomó varios minutos alcanzar al jinete, quien no parecía inclinado a reducir su velocidad.

Aunque montar a un ritmo más rápido que el trote en el parque estaba mal visto, ¿acaso el muchacho no conocía las reglas?

Finalmente, el jinete desconocido detuvo su caballo, dándole la vuelta como si fuera a hacerlo todo de nuevo. La sonrisa en el rostro del muchacho hizo que Hunter contuviera la respiración, y frunció el ceño, sabiendo que él no navegaba por aguas turbulentas como otros caballeros de su conocimiento.

—Usted, por favor. Deseo hablar con usted —llamó mientras se acercaba.

Los ojos del joven se encontraron con los suyos, y Hunter luchó por controlar el calor ardiente que se anudaba en su estómago, deteniendo su caballo frente al joven.

¿Qué demonios le pasaba?

—Buenos días —dijo, tocándose el sombrero—. Lo vi montando y no pude evitar admirar su caballo. ¿No estaría interesado en venderlo? Sería una gran adquisición para mis establos.

El joven miró a su caballo con más interés del que posiblemente merecía, ya que era un alquiler de las caballerizas detrás de la casa de su amante en Cheapside.

—Lord Howard, buenos días —declaró una voz femenina ligera pero muy directa, con

seguridad. El jinete acarició el cuello del caballo, y por primera vez, Hunter notó lo que llevaba puesto el jinete.

Pantalones, camisa y chaqueta, ropa de hombre... Y sin embargo, la voz del jinete ciertamente no era masculina. El cabello del supuesto muchacho estaba recogido bajo una gorra de montar, calada hasta los ojos para dar una apariencia discreta, pero de cerca, podía ver que algunos mechones largos se habían escapado y caían sobre sus hombros.

Hunter cerró la boca de golpe. ¿Qué demonios estaba pasando aquí?

—Me temo que si desea comprar a Magic, tendrá que hablar con Beauford. Él es el legítimo dueño, lo que me recuerda que debo ponerme en camino para devolver su preciada montura a los establos.

—¿Señorita Wright? —balbuceó, sin poder creer que la Solterona de la Sociedad, como la llamaba la gente, estuviera frente a él, luciendo mucho más apetecible de lo que jamás había estado en un salón de baile—. ¿Beauford no sabe que tiene su caballo fuera a esta hora? —preguntó Hunter, queriendo prolongar la conversación, aunque solo fuera para disfrutar mirando su figura unos minutos más.

¡Jesús, sus pechos en esa camisa!

La señorita Dorothy Wright era una mujer de la que los hombres se mantenían alejados debido a su perspectiva práctica de la vida y su determinación de permanecer soltera por el resto de ella.

—No, no lo sabe —dijo, levantando el mentón desafiante—. ¿Va a decírselo, milord? ¿Correrá a susurrarle al duque todas las cosas malas que estoy haciendo al montar su caballo sin su conocimiento? —Agitó su fusta cerca de su cara, y él la apartó. Desafortunadamente, la acción hizo que la fusta se le cayera de la mano y terminara en el suelo, a los pies del caballo.

—Maldición —juró ella, saltando de la silla antes de que él pudiera ofrecerse a recogerla.

En el momento en que se inclinó —su dulce y respingón trasero a la vista a través de sus pantalones de ante— Hunter perdió todo pensamiento coherente. Debería apartar la mirada, forzar su vista hacia otro lado, pero no pudo. Nunca había visto a una mujer con ropa de hombre antes, y había algo únicamente erótico en ello que le gustaba.

Mucho...

Ella era toda curvas femeninas y piernas largas, pero su camisa y chaqueta acentuaban sus pechos, que, habiéndola visto en vestidos imperio en eventos anteriores, sabía que serían un hermoso puñado.

Ella se dio la vuelta y lo sorprendió mirándole el trasero, y el latigazo de la fusta en su rodilla lo hizo gritar.

—Oye, creo que eso fue innecesario, señorita Wright.

—Y su atención centrada en mi trasero también lo fue. —Volvió a subir a su caballo sin usar un escalón y le dio a Hunter otra buena vista de su derrière.

Sus manos se flexionaron sobre las riendas, y se preguntó por qué la solterona era mucho

más atractiva hoy de lo que había sido nunca antes. Tal vez era el hecho de que llevaba muy poco para ocultar su figura y no dejaba nada a su imaginación salvaje y lasciva.

—¿Por qué está fuera tan temprano? —preguntó, observando cómo su boca se fruncía en una línea de disgusto ante su pregunta.

—¿Por qué está usted fuera tan temprano, milord? Oh, espere, ya sé por qué está fuera y dando vueltas tan temprano, al igual que los otros caballeros en el parque.

—¿Y por qué es eso? —preguntó, sin estar seguro de si realmente quería escuchar su respuesta.

Agitó ese maldito látigo otra vez, señalando a todos los caballeros que se apresuraban de vuelta por el parque hacia sus casas de Mayfair.

—Porque has estado de putas. ¿No tienes una amante llamada señorita Hester? —se burló, con una sonrisa de suficiencia en el rostro que él tuvo el impulso de borrar con un beso.

—Solo para aclarar, no he estado de putas toda la noche. Simplemente quería dar un paseo temprano por el parque. Solo.

—No, supongo que no habrías estado vendiendo tus servicios —concordó él, observándola —. He oído que Lord Ponsonby va a casarse con Lady Meyers —dijo, queriendo atacarla de cualquier manera posible, ya que ella estaba demasiado al tanto de su vida y reputación para su gusto—. ¿Estás en el parque esta mañana porque te enteraste de la noticia y deseabas despejar tu mente y sanar tu corazón?

—¿Lord Ponsonby va a casarse?

Las palabras de la señorita Wright se apagaron por la conmoción, y Hunter supo que hasta ese momento, ella no había estado al tanto, y él había hablado de más.

—Mis disculpas, señorita Wright. Como Lord Ponsonby es su amigo, pensé que ya se habría enterado. Es de lo único que se hablaba anoche en White's.

Vergonzosamente, porque le había divertido que la señorita Wright, una mujer que despreciaba a la mayoría de los hombres, pareciera haber disfrutado de la compañía de Ponsonby. Por qué, Hunter nunca pudo entenderlo. El pequeño dandi presumido no era de su agrado en ningún aspecto, y algo en el hombre le hacía pensar que si se hubiera ofrecido a la señorita Wright, ella lo habría destrozado en la primera semana.

Ella necesitaba un hombre en su cama, no un niño.

CAPÍTULO
DOS

DOROTHY CERRÓ de un portazo la puerta principal de su modesta casa londinense en Golden Square. Técnicamente, se encontraba justo en las afueras de la parte elegante de la ciudad, pero lo suficientemente cerca como para decir que vivía entre los diez mil de arriba.

Su hermana, ahora la Duquesa de Beauford, le había ofrecido que fuera a vivir con ella, pero Dorothy prefería su independencia. La vida era prácticamente perfecta con la Baronesa Viuda Lady Cary, quien residía con ella y actuaba como su carabina y acompañante. Podía tener toda la libertad de una mujer casada sin casarse con nadie. ¡Y ahora ciertamente no lo haría ya que el único caballero al que cortejaba estaba comprometido!

Arrojó sus guantes y sombrero sobre la mesa del vestíbulo con más fuerza de la necesaria y se dirigió a zancadas a su biblioteca, cerrando la puerta de golpe.

¿Lord Ponsonby estaba comprometido?

¿Cuándo había ocurrido semejante desgracia? Habían sido amigos durante años. De hecho, ella se había esforzado meticulosamente para que él la viera como algo más que una amiga para que le propusiera matrimonio.

Él no era ni demasiado alto en la sociedad como para que ella tuviera que cesar el estilo de vida despreocupado que había llegado a adorar, ni estaba excesivamente interesado en el sexo femenino como para que ella tuviera que cumplir con sus deberes conyugales con demasiada frecuencia.

Era, en cierto modo, perfecto.

¿Y ahora estaba comprometido?

Sacudió la cabeza y se dirigió a zancadas hacia la licorera de brandy, sirviéndose una generosa copa y bebiéndosela de un trago antes de servirse una segunda. Esa noche tenía el baile de Lord y Lady Kempt, al que asistiría la mayoría de la buena sociedad.

Lord Ponsonby no era una excepción, y sin embargo, tendría que soportar verle presumir de su nueva prometida, suponía. ¿Cómo podía no haberle dicho que estaba cortejando a otra? Ni una palabra al respecto, y ella había estado persiguiendo sus pantalones de lechuguino durante dos años.

—Maldito bastardo —juró, golpeando su copa de cristal vacía contra la mesa.

Se sentó en su escritorio y tamborileó con los dedos sobre la superficie de caoba, pensando en qué podría hacer a continuación.

Y Lord Howard en el parque hace un momento. Su interés, el ardor en su mirada, había sido un giro emocionante de los acontecimientos antes de que le arrojara la noticia de Ponsonby a la cara. No sabía si podía confiar en que él guardara el secreto de sus cabalgatas matutinas. ¿Iría a contarle a su hermana que había estado cabalgando, o peor aún, galopando por Hyde Park al amanecer vestida de hombre y en un caballo robado?

El pícaro probablemente lo haría. Estaba lejos de ser respetable, aunque ella había sido menos que respetable esta mañana con su improvisada cabalgata, una necesidad de salir de casa y sentir el aire fresco en su rostro y el estruendoso sonido de los cascos de su caballo bajo ella.

Supuso que se vería obligada a buscarlo esta noche y pedirle que mantuviera en secreto sus aventuras matutinas a caballo. No quería estar en deuda con él, ni quería ir a vivir con su hermana como una niña demasiado joven para cuidar de sí misma.

Cerró el puño y golpeó la superficie de la mesa, arrepintiéndose de su brusco arrebato en el momento en que lo hizo. Un dolor le atravesó la muñeca y dejó escapar un chillido de alarma.

A los veintiocho años, había pocas posibilidades de que se casara. Dos años de interminable y absurda charla sobre todas las cosas que Lord Ponsonby disfrutaba y todo para nada.

Cómo debía estar riéndose el ton de su necedad en este mismo momento. La pobre señorita Wright, eternamente una flor de pared, una solterona relegada, una matrona en ciernes que nunca tendría marido, amor o hijos...

No es que le importara particularmente lo último, pero le habría gustado tener un marido, aunque solo fuera por seguridad. No era una heredera, y aunque sus ingresos de su pequeña herencia serían suficientes, tenía que economizar para asegurarse de que no se agotaran.

Un marido le aseguraría su seguridad.

Su gata negra Puss maulló a sus pies, y ella se inclinó para recogerla, colocándola sobre su pecho y rascándole debajo de la barbilla. —Tú nunca me decepcionarás, ¿verdad, mi niña querida? No, no lo harás —arrulló, besando a su gata en el costado de la cabeza.

Dorothy suspiró y continuó acariciando a su gata mientras esta se acomodaba en su regazo antes de acostarse, el zumbido de su ronroneo era un consuelo que adoraba.

—Bueno, Puss, parece que voy a ser una solterona para siempre, pero no importa, todo estará bien. Todavía tengo a mi disposición los magníficos caballos de Beaufort. Hay peores destinos en la vida.

Aunque dijo las palabras, incluso para sus oídos, sonaban huecas. Había esperado casarse, aunque solo fuera para dejar de asistir a los numerosos bailes y fiestas y fingir que le importaban los invitados y la conversación insustancial entre ellos.

Ninguno de ellos hacía nada de valor. ¿No les resultaba aburrido todo ese entretenimiento interminable? Tal vez necesitaba preguntarle a Dee Dee si podía ir a quedarse en la finca de campo de Beaufort durante varios meses, ¿o al menos hasta la temporada del próximo año?

Primero, sin embargo, necesitaba asegurarse de que Lord Howard no difundiera por Londres que la había visto vestida de hombre. Tal chisme escandaloso no era algo que su querida hermana necesitara limpiar a su paso.

Si tan solo pudiera comportarse más correctamente y no actuar tan impulsivamente como lo hacía.

Peor aún era el hecho de que Lord Howard había reconocido su decepción por el compromiso de Lord Ponsonby. Presumiblemente pensaba que ella estaba con el corazón roto, lo cual ciertamente no era el caso.

Ni siquiera había pensado en su señoría, realmente, bajo esa luz romántica. Lord Howard, sin embargo, podía imaginarse teniendo un romance con él. El hombre era demasiado apuesto para su propio bien. Mandíbula fuerte, nariz recta, ojos color almendra con largas pestañas que incluso a ella le daban envidia. Ciertamente tenía edad suficiente para tomar un amante. Tal vez a la sociedad no le importaría. ¿Quién querría casarse con una mujer de veintiocho años? ¿A quién le importaba lo que hiciera con su tiempo una solterona de su edad?

En todos sus años en sociedad, no había visto a ninguna mujer de su edad casarse por primera vez.

Podrías ser la primera.

Dorothy se burló de otro ideal ilusorio que no se haría realidad.

Acarició a Puss en la nariz, sonriendo a su gata cuando esta la miró. —Lord Howard es ciertamente apuesto y un caballero que podría estar abierto a un arreglo.

En el parque esta mañana, ella percibió su interés, algo que no había notado antes. No es que lo hubiera visto mucho en bailes y fiestas. Su amante de varios años lo mantenía alejado la mayoría de las noches, y se rumoreaba que estaba bastante prendado de ella.

¿Significaba eso que nunca se casaría? No pudo evitar sentir cierta satisfacción al ver que él iba en contra de las expectativas de la sociedad.

Le encantaba decepcionar a todos los que esperaban que la hermana de la Duquesa de Beaufort hiciera un buen matrimonio. No lo había hecho en los últimos tres años desde que su hermana se había casado.

Y ahora, ciertamente no lo haría. Desperdiciar otros dos años persiguiendo a un caballero titulado por la ciudad como una tonta enamorada solo para que él le ofreciera matrimonio a otra mujer... No estaba en ella volver a hacerlo.

No, parecía inevitable, su destino estaba sellado. Sería una solterona para siempre, pero quizás con una salvedad. Una solterona que no se desvanecería en el papel tapiz como tantas otras, sino una que disfrutaría sus últimas semanas de la temporada haciendo lo que más anhelaba.

Buscar su primer beso.

Que podría ser el último. Y ahora necesitaba averiguar quién se ajustaría a su propósito.

La imagen de Lord Howard flotó en su mente y no se disipó durante todo el día.

CAPÍTULO
TRES

MÁS TARDE ESA noche en el baile de los Kempt, Dorothy se encontraba cerca de un arreglo de orquídeas Lady's Fingers, luchando por no maldecir en voz alta al ver a Lord Ponsonby alardear y presentar a su recién prometida, Lady Meyers. Después de fingir disfrutar de la compañía de Dorothy durante los últimos dos años, el hombre no tenía vergüenza. Darle esperanzas donde no las había era un comportamiento poco caballeroso que ella no podía perdonar.

Su hermana, la Duquesa de Beaufort, se encontraba cerca conversando con un grupo de mujeres casadas, incluyendo a su acompañante, Lady Cary. Su conversación era sin duda de lo que siempre consistía: niños, chismes, los muchos logros de sus maridos y las dulzuras de la vida matrimonial.

Dorothy luchó por no poner los ojos en blanco cuando Lady Pye dijo algo halagador sobre su marido, a quien Dorothy había visto escabullirse de un baile apenas la semana pasada con Lady Mostyn, quien también se encontraba conversando con ellas.

En su opinión, Lord Pye estaba lejos de ser alguien a quien ella elogiaría... el sinvergüenza.

—Creo que prefería verte en pantalones, señorita Wright —susurró una voz profunda y familiar a su lado, sobresaltándola de sus cavilaciones.

Dorothy miró hacia arriba al divertido semblante de Lord Howard. ¿Qué hacía él aquí? O, más al punto, ¿qué hacía hablando con ella? ¿No tenía gente más a la moda y joven con quien preferiría comunicarse?

—Disculpe, Lord Howard, pero ¿me está hablando a mí? —cuestionó.

Sus labios se torcieron en una sonrisa burlona y, sorprendentemente, arqueó las cejas.

—Bueno, a menos que otras damas monten en Hyde Park al amanecer vestidas como caballeros, entonces sí, te estaba hablando a ti.

Ella se aclaró la garganta y luchó por no estallar en el rubor completo que le cosquilleaba la piel.

—No se suponía que me persiguiera como lo hizo, milord. Además, preferiría que no mencionara mi presencia allí o mi atuendo si puede evitarlo. Quizás debería dejar de recordarme, de manera bastante poco caballerosa debo añadir, que no estaba vestida a su gusto.

—Oh, nunca dije que no fuera de mi agrado. De hecho... —Sus ojos recorrieron su persona, y

ella se estremeció, sintiendo su inspección como una caricia física—. Nunca has despertado tanto mi interés como lo hiciste esta mañana. Me diste una nueva perspectiva, señorita Wright, que disfruté enormemente.

Dorothy se quedó boquiabierta y, no queriendo parecer una tonta, cerró la boca de golpe.

—Voy a fingir que no acaba de decir palabras tan inapropiadas y le deseo buenas noches.

—Oh, ¿ya se acabó el baile? —preguntó, mirando alrededor de la sala con interés—. ¿No suelen durar los entretenimientos de Lord y Lady Kempt hasta altas horas de la madrugada?

Dorothy sabía que estaba siendo intencionadamente obtuso, y no lo apreciaba. ¿Estaba el hombre tratando de burlarse de ella y causar problemas después de descubrir su secreto de montar temprano en atuendo masculino? Solo lo hacía porque las mujeres serían reprendidas si se las encontraba cabalgando más rápido que al trote en el parque. Los hombres siempre parecían poder dejar que tales críticas resbalaran por sus anchos hombros.

—Supongo que mi pregunta es por qué está hablando conmigo, milord. No somos amigos, y no me había hablado antes de esta mañana. Me pregunto por qué está tan interesado en mi compañía, a menos que sea mi trasero lo que ha captado su atención, y no mi conversación.

Lord Howard, que en ese preciso momento estaba dando un sorbo a su vino, escupió la bebida, alcanzando la falda de Lady Shaw mientras pasaba, disfrutando del minué con su marido.

Durante varios momentos, Lord Howard tosió, tratando de recuperar la compostura. Varios invitados miraron en su dirección preocupados por su señoría, y él desestimó su aprensión con un gesto. Dorothy se quedó de pie a su lado, esperando pacientemente a que se recompusiera y disfrutando un poco de su incomodidad.

—No acabas de decir lo que he oído de tus labios traviesos. ¿Siempre eres tan directa, señorita Wright? —preguntó, con los ojos llorosos por su apoplejía de tos.

—Sí, creo que es mejor ser así, y si se hubiera molestado en hablar conmigo en los últimos años que he estado en Londres sufriendo la temporada como tantas damas lo hacen, sabría que tengo esa característica.

—Bueno, en cuanto a tu acusación, no, no estoy aquí hablando contigo por tu delicioso trasero que tuve el placer de ver esta mañana. No mencionaré que tu trasero ha estado en mi mente la mayor parte del día, y dudo que la visión de tu respingón derrière descendiendo sobre la silla de montar no ocupe mis pensamientos durante muchos días por venir. Pero no, no es por eso que vine a hablarte. Quería ver si deseabas bailar.

—¿Bailar? —tartamudeó ella. El malvado era demasiado descarado, infame incluso. Sus palabras negaban su acusación, pero luego, con cada palabra que pronunciaba, confirmaba sus sospechas sobre él. Ciertamente, no tenía ninguna vergüenza.

Y ella apreciaba que fuera un poco franco y travieso. Ciertamente hacía que la noche fuera mucho más agradable de lo que había sido hasta que él se unió a ella.

No es que fuera a decirle esa verdad.

—Sí, baila conmigo. Estoy seguro de que aún no ha habido un vals, y me gustaría tenerte en

mis brazos. Creo que nos iría bastante bien para una o varias vueltas.

Ella lo estudió, su mandíbula cincelada sombreada con una barba incipiente que iba en contra de cómo un caballero debería asistir a un baile. Su cabello estaba tan salvaje como sus palabras, y en cuanto a la diversión en su semblante, ella sabía que estaba disfrutando de su pequeña conversación escandalosa.

—¿Le gustaría tenerme en sus brazos? —se burló ella—. ¿Por qué siento que está jugando conmigo, milord?

Su sonrisa creció, y el aliento en sus pulmones se detuvo. Era demasiado guapo para la compostura de cualquier dama. Nunca sabría cómo no había jadeado en voz alta al ver cómo una sonrisa lo transformaba en uno de los hombres más espectaculares de Londres.

—Bueno, estaría mintiendo si dijera que después de hoy no disfrutaría jugando contigo.

¿Qué significaba eso? Dorothy quería preguntar, pero no lo hizo. Se negó a parecer tan ignorante e inexperta como era en cuanto a coqueteos con caballeros. No había tenido práctica en estos últimos años. Aunque había intentado coquetear con Lord Ponsonby, él nunca le devolvió sus palabras ni le dio una indicación de que lo que ella estaba diciendo estuviera funcionando románticamente.

Obviamente, no lo era. Ahora estaba comprometido con otra.

—No creo que sea prudente bailar —dijo ella, y antes de que pudiera excusarse, Lord Howard le tomó la mano y la arrastró a la pista de baile.

La hizo girar entre sus brazos, con un agarre firme e inamovible. —Un solo baile no hará daño, señorita Wright.

Sin muchas opciones, decidió no armar una escena y permitió que la hiciera girar por la pista de baile durante varios minutos. Con cada acorde de la orquesta y sus habilidades expertas guiándola con facilidad, Dorothy no pudo evitar caer bajo el hechizo del baile.

Y de Lord Howard también.

—Eres muy espinosa —afirmó él, como si fuera un hecho.

Bueno, había estado disfrutando del baile hasta ese momento. Lo miró con enfado y se negó a responder a su insulto, aunque deseaba lanzarle uno a cambio.

—No pretendo ser tan brusco, pero no te abres fácilmente a la gente, ¿verdad? —La estudió —. Estoy intrigado. No lo negaré. Despertaste mi interés esta mañana con tus deliciosos pantalones, y ahora no puedo evitar pensar que hay más en ti que quiero conocer. Quiero quitar tus capas y ver qué se esconde debajo.

—¿En serio? —Sus cejas se arquearon—. ¿Y qué supone que encontrará bajo mis muchas capas espinosas, milord? —tuvo que preguntar.

—Hmm, bueno, ¿aceptarás dejarme intentar tal desafío, y te diré lo que encuentre cuando tenga éxito en mis esfuerzos?

Dorothy negó con la cabeza, sin creer que él pasaría mucho tiempo con ella después de esta noche. Quizás había sido fascinante esta mañana, pero no tardaría en perder el interés. —Puede

hacer lo que le plazca —dijo, sabiendo que, al igual que Lord Ponsonby, Lord Howard también terminaría siendo una decepción, no muy diferente a su vida hasta ahora.

CAPÍTULO
CUATRO

—¿A qué estás jugando? —dijo Lord Ambrose St. Alburn, su amigo más cercano desde la infancia, mientras se acercaba y se paraba junto a Hunter más tarde esa noche.

Hunter se rio entre dientes y bebió un sorbo de su vino, observando a la señorita Wright mientras estaba de pie junto a su hermana. No podría parecer más desimpresionada y aburrida ni aunque lo intentara.

La muchacha era terriblemente intrigante, y él quería saber más sobre ella y qué la hacía sentir desdén hacia la sociedad. Bueno, si es que sentía desdén. Tal vez simplemente estaba desilusionada por no haber encontrado aún un marido.

—Estoy observando a la señorita Wright, si debo satisfacer tu curiosidad —Hunter inclinó la barbilla hacia la solterona—. Solo mírala. ¿No te fascina tanto como a mí? Es muy divertida y traviesa. ¿Sabías que me la encontré en el parque esta mañana, y estaba vestida de hombre? Mi atracción hacia ella fue un poco preocupante, debo admitir, hasta que descubrí que era mujer —soltó antes de recordar que la señorita Wright le había pedido que guardara esa información para sí mismo.

Lord St. Alburn hizo un ruido poco caballeroso antes de echar la cabeza hacia atrás y reír. —¿Pensaste que te habías convertido en un amante de hombres? —Volvió a reír, limpiándose las lágrimas de los ojos—. ¿Qué estaba haciendo vestida de hombre? ¿Se lo preguntaste?

—Lo hice, y me dijo que era para poder montar temprano en el parque y no ser señalada cuando galopara. Supongo que tal artimaña funcionaría. Si hubiera estado vestida de mujer, su identidad habría sido mucho más fácil de descubrir.

Lord St. Alburn observó a la señorita Wright, y la chispa de interés que brilló en sus ojos hizo que Hunter se detuviera. —No es para ti. De hecho, dudo que sea para mí tampoco, pero tengo curiosidad por saber si es tan espinosa como parece a primera vista.

—Siempre podemos compartirla. No sería la primera vez —sugirió St. Alburn.

Hunter negó con la cabeza, odiando la idea cuando se trataba de la señorita Wright. No, ella no era el tipo de mujer para jugar tales juegos, y él tampoco deseaba particularmente conocerla en ese sentido solo para ver a su amigo jugar con ella.

Eso no serviría en absoluto...

—No, es la hermana de la Duquesa de Beaufort, no una prostituta, y está en sociedad buscando marido.

—¿No estaba comprometida con Lord Ponsonby? Podría jurar que estaban prometidos.

—No, para nada. Lord Ponsonby se ha ido y le ha propuesto matrimonio a otra. No puedo evitar sentir lástima por la señorita Wright. Debe sentirse tonta.

—Por eso está mirando con furia a todos en el baile —afirmó St. Alburn, haciendo una pausa momentánea para pensar—. ¿Y si hiciéramos una apuesta? La temporada ha sido terriblemente aburrida hasta ahora, pero podríamos terminarla divirtiéndonos un poco.

—¿Una apuesta? Explícate. Siempre estoy dispuesto a una pequeña apuesta —accedió Hunter.

—Bien, en cuanto a eso, apostaré cien libras a que no puedes ganarte la amistad de la señorita Wright y hacer que se enamore de ti antes del final de la temporada, y a cambio, si lo logras, no solo te daré cien libras sino que te daré permiso para usar mi pabellón de caza en Somerset durante la temporada de este año.

El interés de Hunter se duplicó con la idea de usar el pabellón de caza de St. Alburn, que tenía algunos de los mejores resultados de caza de este lado de la frontera escocesa. Que pudiera usarlo todo para sí mismo si lo deseaba era ciertamente tentador.

—¿Y qué ganarás tú si fallo en mi misión?

—Ah, bueno, ganaré cien libras y tu nuevo faetón. Son costosos, y no puedo estirar mi presupuesto para uno este año, pero si ganara el tuyo, bueno, eso haría muy feliz a mi administrador de que no gasté por encima de mis posibilidades una vez más.

—¿Y debo hacer que la señorita Wright se enamore de mí? ¿Y qué hago si lo hace?

St. Alburn se encogió de hombros, bebiendo su whisky. —Bueno, no lo sé. Déjala lo más suavemente que puedas. ¿Qué importa? Ganarás dinero y mi pabellón de caza por una temporada. ¿Importa lo que sienta una muchachita?

—Eso es un poco despiadado, Ambrose, incluso para ti.

—Bueno, no te engañes. Algunas mujeres son tan despiadadas como nosotros. Toma a su acompañante, Lady Cary, por ejemplo. Una arpía sin corazón. —St. Alburn terminó su bebida y observó a la señorita Wright y su acompañante, de quien Hunter no sabía que St. Auburn estuviera al tanto. Algo había sucedido entre su amigo y la acompañante de la señorita Wright, pero ¿qué?

—Es una cosita bonita, más de lo que pensaba —continuó St. Alburn—. En realidad, a decir verdad, creo que no le he prestado mucha atención en absoluto. Ha estado en sociedad durante años y tiene 'solterona' escrito en la frente con tinta por lo que sé, pero nada más.

—Hmm, sí, lo tiene, estoy de acuerdo. —Y ella era un poco más espinosa de lo que él suponía que sería en cualquier día, ahora que Ponsonby le había roto el corazón.

—Muy bien, acepto tus términos. Si gano, tendré tu pabellón de caza y cien libras, y si tú ganas, también ganarás las cien libras y mi nuevo faetón. Pero no ganarás. La conquistaré para

que me adore antes del final de la temporada.

—¿Y luego le romperás el corazón?

—Por supuesto, tengo una amante —afirmó, aunque pronto estaría buscando otra ya que Hester ya no tenía el atractivo que una vez tuvo. No es que la señorita Wright necesitara saber tales verdades—. Y solo tengo treinta y dos años. No estoy buscando esposa, al menos no todavía, y ciertamente no una solterona bien pasada de su mejor momento. —Pero sería una forma divertida de pasar el tiempo. Lo que estaba haciendo podría verse como cruel, una burla que podría lastimar a la señorita Wright más que Lord Ponsonby casándose con otra, pero él no lo creía así. Ella era demasiado independiente y no estaba en lo más mínimo interesada en él. Terminarían como amigos, y su corazón se salvaría de heridas. No es que Lord St. Alburn necesitara saber tales cosas. Simplemente necesitaba creer que la señorita Wright estaba enamorada de él, y él podría hacer que pareciera estarlo sin que realmente cayera rendida ante sus encantos.

Todo terminaría bien, y ningún corazón se rompería.

—¿Cómo está Hester? Debo decir que se mostró muy familiar con Lord Rockwood la otra noche en la Royal Opera House. ¿De qué se trataba eso?

Hunter suspiró, y la irritación lo invadió al pensar que ella fuera tan irrespetuosa con él, considerando que él pagaba por su costoso alojamiento, ropa y comida.

—Supongo que lo sabrás tarde o temprano, pero Hester ya no se ajusta a mis necesidades, y me temo que yo ya no me ajusto a las suyas. Pronto buscaré una nueva amante. Lord Rockwood puede quedarse con ella, por lo que a mí respecta.

St. Alburn silbó, mirándolo sorprendido. —¿Cuándo fue la última vez que la visitaste?

—Anoche, pero no fue un interludio agradable y no lo ha sido desde hace tiempo —Lo cual, en verdad, podría ser la razón por la que ella estaba buscando un nuevo protector.

—Entonces parece que ya no estás interesado. Es mejor separarse y permitirle encontrar un nuevo amante, y tú también. La vida es demasiado efímera para perder el tiempo. Pero, por desgracia, la temporada también es demasiado aburrida como para no jugar un poco con ella. Estoy tan feliz de que ganaré un carruaje al final de esta. Será una hermosa adición a mis vehículos.

—Olvidas, St. Alburn, que cuando seduzco a una dama, rara vez quedan indiferentes, y la señorita Wright no será diferente. Ya verás, ganaré esta apuesta, y tendrás que entregarme las llaves de tu pabellón de caza.

St. Alburn se rió mientras su atención volvía al lugar donde estaba la señorita Wright. —Oh, no, ahora te está mirando con furia, así que no, no creo que vaya a perder —St. Alburn le dio una palmada en el hombro, sonriendo—. Buena suerte, amigo mío. Creo que necesitarás cada pizca de mis afortunadas bendiciones.

Hunter miró en dirección a la señorita Wright y la encontró, efectivamente, fulminándolo con la mirada. Le sonrió, y ella entrecerró los ojos. Bueno, al menos sería divertido seducirla con sus

encantos. Si no otra cosa, ella lo desafiaría, lo que a su vez haría que esta temporada terminara más pronto, lo cual siempre era un buen resultado.

CAPÍTULO
CINCO

DOROTHY LUCHÓ por no dejar que el ceño fruncido se reflejara en su rostro, pero Lord Howard era, en efecto, la representación de lo que estaba mal en esta sociedad y lo que estaba mal con los hombres.

¿Quién se creía que era?

Se acercó a ella pavoneándose como un pavo real, seguro de sí mismo y sin duda pensando que tenía la ventaja. No era así. Ser solterona le había dado mucho tiempo para dedicarse a actividades fuera de las últimas modas o bailes de sociedad, tiempo para la educación y pasatiempos interesantes.

La lectura de labios era uno de ellos...

—Señorita Wright, ¿le he dicho lo bien que se ve esta noche? Creo que con ese hermoso vestido, eclipsa a todas las demás damas presentes —dijo Lord Howard, su sonrisa lobuna flaqueando un poco cuando su cumplido no tuvo el efecto deseado.

Ella arqueó una ceja, observándolo, y supo por el movimiento de sus pies que lo hacía sentir incómodo y menos confiado. Bien, eso era lo que quería que sintiera.

El hombre era demasiado atrevido.

—El vestido es nuevo, Lord Howard, y le agradezco que lo aprecie, pero tengo un pensamiento preocupante ahora que estamos conversando.

—¿En serio? —dijo él, acercándose más de lo necesario—. ¿Y cuál es?

Ella miró hacia donde Lord St. Alburn estaba ahora hablando con Lady Crane y permitió que la molestia que había sentido por su conversación se reavivara—. Verdaderamente, milord. Cien libras y un pabellón de caza es todo lo que valgo. Hubiera pensado que sería necesaria una apuesta mucho más alta, especialmente considerando que solo está alquilando el pabellón de caza y no convirtiéndose en el propietario. Al menos Lord St. Alburn ganará un faetón si usted pierde.

Lord Howard balbució en busca de palabras y, después de varios latidos, murmuró palabras que no tenían absolutamente ningún sentido. Ella bebió un sorbo de su ratafia, luchó por mantener la sonrisa burlona lejos de sus labios y esperó a que él recuperara la compostura después de haber sido descubierto.

—Le pido perdón, señorita Wright. Me disculpo profundamente por que haya tenido que ser testigo de esa conversación. Le aseguro que no fue hecho con insensibilidad.

—¿De verdad? —alzó las cejas, sin creerlo ni por un momento—. Me resulta difícil de creer. Creo que usted me considera una solterona pasada de edad que recientemente ha sufrido una decepción amorosa, pero se equivoca, milord.

—No pienso esas cosas —intentó decir. Dorothy descartó sus palabras con un gesto, ya sin creer a su señoría—. No tengo el corazón roto por Lord Ponsonby. Aunque creí que me ofrecería su mano en matrimonio, estoy más molesta por haber desperdiciado dos años de mi vida persiguiéndolo y fingiendo que satisfaría mis necesidades cuando, en realidad, probablemente me habría aburrido de él después de un mes de matrimonio.

—¿Solo un mes? —La sonrisa divertida de Lord Howard hizo poco para detener su molestia, y ella lo miró de nuevo con enojo. Él se puso serio—. Disculpe, señorita Wright.

—Como decía —continuó—, aunque no estoy casada, tengo una hermana que ocupa una posición elevada en la sociedad, lo que me permite muchas libertades. Tengo mi propia residencia con una dama de compañía, y eso me conviene muy bien, pero me hubiera gustado tener hijos quizás, al menos uno, pero sobre todo, me hubiera gustado casarme simplemente para que hombres como usted dejen de mirarme como si fuera alguien digna de lástima. No lo soy. Disfruto de mi vida de soltera, al igual que usted, aunque quizás no de manera tan escandalosa. Pero dicho todo esto, creo que un marido se interpondría en muchas de mis aficiones. Lord Ponsonby no habría sido uno de esos maridos. Es demasiado despistado y desapegado como para estar acosándome día y noche para que sea una esposa ejemplar, asista a este baile o cena, o cumpla con mis deberes conyugales en el dormitorio.

Lord Howard se aclaró la garganta y se ajustó el corbatín, un pequeño rubor se extendió por sus mejillas—. Ah, bueno, se equivoca en lo último, señorita Wright. Lord Ponsonby la habría querido en su cama.

Dorothy luchó por no reaccionar al cumplido, especialmente cuando no sabía si lo decía en serio o estaba tratando de ablandar su corazón después de haber sido descubierto—. Aun así —continuó—, habría podido continuar mi vida con él, sin verme afectada. Ahora debo buscar de nuevo, encontrar otro hombre dócil y manejable que me convenga, y en verdad, no creo que tenga fuerzas para hacerlo. Preferiría quedarme como estoy.

Lord Howard la escuchó, con una expresión pensativa en su apuesto rostro. Un rostro que era demasiado atractivo para que ella lo considerara como marido. Era un pícaro, un hombre acostumbrado a salirse con la suya. El hecho de que pensara en hacer un juego con ella durante el resto de la temporada era prueba de ello.

—Me disculpo de nuevo por hacer una apuesta sobre usted. ¿Hay alguna forma en que pueda compensarla? —preguntó solemnemente.

—La hay. —Ella enlazó su brazo con el de él y lo condujo lejos de aquellos que se mezclaban a su alrededor. Se mantuvieron al lado del salón de baile, dando una vuelta por el

amplio espacio rectangular—. Usted desea ganar una apuesta que me involucra, y quizás yo no desee que pierda esa apuesta. Mi sugerencia sería continuar con la farsa de tratar de enamorarme. Fingiré caer profundamente bajo su hechizo, y cuando le demuestre a Lord St. Alburn que estoy realmente enamorada de usted, me invitará al pabellón de caza de Lord St. Alburn para un día de cacería. Nunca he ido antes, y me gustaría intentarlo, pero como sabe, las damas tienen prohibido participar.

—Pero señorita Wright, si la invito al pabellón de caza, estaremos solos. No podría invitarla a usted y a ninguno de mis amigos, ya que su reputación se perdería.

—Oh, lo entiendo, y soy consciente de eso. Pero el pabellón de caza de Lord St. Alburn no está lejos de la finca de Somerset de Beaufort, y podría escabullirme al pabellón de caza y ver de qué se trata todo este alboroto. —Dorothy observó a Lord Howard y vio que estaba pensando en su petición. Sus ojos se dirigieron hacia Lord St. Alburn. Dorothy miró en dirección al conde y lo encontró observándolos. Sonrió con suficiencia y no pudo evitar sentirse un poco orgullosa de sí misma por haber sido capaz de leer sus labios.

Podía leer la mayoría de las conversaciones a su alrededor, muchas de las cuales aquellos que las mantenían nunca desearían que sus palabras fueran reveladas.

—Si nos descubren, me obligarán a casarme con usted.

Dorothy le dio unas palmaditas en el brazo, sintiendo lástima por el pobre pícaro que se había metido en este pequeño enredo. —Oh, no se preocupe, milord. Le prometo que no seré una esposa tan terrible si ese ha de ser su destino. Calentaré su cama, se lo aseguro. De alguna manera, creo que no será aburrido en el dormitorio —bromeó, riéndose de sus propias palabras.

—Señorita Wright, no creo que deba decir tales cosas, y ciertamente no en voz alta.

—Oh, sé que no debo, pero usted comenzó este tonto juego que me incluyó, y ahora que lo sé, hará lo que le pida, y fingirá estar enamorado al igual que yo, y tendré mi día de cacería. No siempre puede jugar tales juegos, milord, y esperar que no haya repercusiones cuando lo descubran.

—No sabía que podía leer los labios, ¿verdad?

Dorothy volvió a reír. —No, no lo sabía, y quizás tenga yo la ventaja, pero le prometo que si me lleva de cacería, me comportaré de la mejor manera y haré todo lo que me pida. Y a cambio, no perderá ese hermoso faetón en el que lo he visto pavonearse por Londres estas últimas semanas.

—Yo no me pavoneo, señorita Wright.

Ella frunció los labios, golpeándose la barbilla pensativa. —Oh, pero sí lo hace, y sabe que lo hace, pero no importa que no pierda su precioso vehículo siempre y cuando haga lo que yo quiero.

—¿Siempre es usted tan mandona?

Dorothy le sonrió. —Lo soy, y si no me cree, debería preguntarle a mi hermana y a Beaufort. Ellos pueden dar fe de lo mandona y atrevida que puedo ser. Buenas noches, milord. Hablaré con

usted en el baile de máscaras de los Trench mañana por la noche, y podrá darme su respuesta, pero recuerde, no tiene elección.

Oyó el suspiro de Lord Howard mientras se dirigía de vuelta con su hermana. El pobre y tonto libertino, pero ¿qué se puede esperar cuando uno juega con las emociones y las vidas de los demás? A veces, las tornas cambian, y afortunadamente, esta vez habían cambiado a su favor.

Quizás la temporada estaba mejorando después de todo.

CAPÍTULO
SEIS

EL BAILE de máscaras de la temporada se celebraba anualmente en la residencia de Lord y Lady Trench en Mayfair. Este año, el tema del baile era libre y los invitados podían vestir como desearan.

Muchos se habían disfrazado de sus parejas históricas favoritas o de reyes y reinas. Sus máscaras eran ornamentadas y diseñadas para parecerse a aquellos a quienes representaban.

Hunter, sin embargo, vestía un dominó negro de cuerpo entero y una máscara que cubría solo un ojo. Aunque disfrutaba de los bailes de máscaras, encontraba molesto llevar el pequeño trozo de tela sobre su rostro después de un tiempo, así que en estas circunstancias, menos era más.

Deambuló por la sala, bebiendo demasiado whisky que Lord Trench había traído de su finca escocesa, una bebida suave y demasiado fácil de beber para su equilibrio.

El maestro de ceremonias estaba en las puertas, anunciando a los invitados. El baile de esta noche no pretendía ser misterioso, y casi escupió su bebida cuando anunciaron a la señorita Wright y a su acompañante, Lady Cary, que estaba a su lado.

Tragó saliva.

Con dificultad.

Hunter luchó por contener la conmoción y el asombro que recorrían sus venas ante la visión de la señorita Wright.

¿Qué demonios llevaba puesto? O mejor dicho, ¿qué demonios no llevaba puesto?

Su vestido de seda blanca se deslizaba sobre su cuerpo, flotando alrededor de sus largas piernas mientras entraba en la sala y hablaba con sus conocidos. Se acercó a su hermana, que no parecía sorprendida ni ofendida por el vestido de la señorita Wright. Todo lo contrario. La duquesa Beaufort parecía complacida de que su hermana se hubiera esforzado tanto para el baile.

La mirada de Hunter siguió cada uno de sus movimientos, recorriendo su cuerpo hasta llegar a sus pies. Notó que no llevaba zapatillas, sino pequeñas sandalias de cuero esa noche. ¿Estaba representando a alguna diosa romana o griega?

Ciertamente parecía una diosa...

Maldición, no esperaba que fuera tan seductora. Echó un vistazo a la sala y notó que varios caballeros la miraban y sonreían, hablando entre ellos mientras lanzaban miradas interesadas

hacia la señorita Wright.

Solo podía imaginar lo que estaban diciendo, lo que estaban pensando.

Posiblemente lo mismo que él...

Eso no era nada bueno.

Se dirigió hacia ella, pero llegó demasiado tarde cuando Lord Rockwood y Lord Tedder se unieron al grupo familiar. Observó cómo ella levantaba su tarjeta de baile atada a su brazo y les permitía escribir sus nombres en el pergamino.

Ella miró entre los dos caballeros, y sus ojos se encontraron. Se mantuvieron fijos.

El aliento en los pulmones de Hunter se congeló. Nunca la había visto antes con el pelo suelto, fluyendo sobre sus delicados hombros, acentuando su amplio escote.

Sus ojos estaban sombreados con un maquillaje oscuro, haciendo que la máscara negra acentuara sus brillantes ojos azules, que eran demasiado perspicaces y observadores.

De él...

Un nudo en su estómago se tensó, y se obligó a dirigir su atención hacia aquellos que ya habían tomado la pista de baile, pero fue inútil. Su conciencia seguía volviendo hacia la señorita Wright y aquellos que se arremolinaban a su alrededor.

Apretó los dientes. ¿No estaba ella apenas ayer diciéndole que era una solterona sin perspectivas de matrimonio? Esta noche, con su vestido que hacía poco por ocultar todos sus atributos, ciertamente atraía a muchos que no deseaban que el título de solterona se le adjudicara por mucho más tiempo.

Sin más remedio, se dirigió hacia ella. Hunter se dijo a sí mismo que era porque había acordado ganar la tonta apuesta que había hecho con Lord St. Alburn y hacer que la señorita Wright se enamorara de él.

Pero una vocecita en su cabeza lo burlaba y lo llamaba mentiroso.

Se inclinó ante la señorita Wright y tomó su mano, levantando sus dedos cubiertos de seda y besándolos. Encontró sus ojos y le lanzó la mirada más seductora que pudo reunir.

Ella sonrió con suficiencia, pero él pudo discernir el reconocimiento en su mirada, la comprensión del juego que estaban jugando.

—Señorita Wright. Se ve encantadora esta noche. ¿Puedo anotar mi nombre para un baile? —preguntó, sin querer parecer demasiado familiar ya que esta era su primera noche fingiendo estar enamorándose.

—Puede —dijo ella, retirando su mano de la de él y levantando su brazo para hacer bailar la tarjeta de baile frente a su rostro. Él tomó el pequeño lápiz que llevaba y anotó su nombre para el único vals en la tarjeta, sorprendido de que otros caballeros no hubieran aprovechado ya el baile —. Volveré cuando sea mi turno.

—Lo esperaré con ansias, milord.

Dorothy disfrutó de los dos bailes antes del vals que debía tener con Lord Howard. Su vestido, que se suponía que reflejaba a la Diosa del Amor, Afrodita, ciertamente parecía haber

despertado el interés de varios hombres y le había hecho dudar sobre si debía continuar con la farsa con Lord Howard para ganar un día de caza en el pabellón de Lord St. Auburn o buscar un marido de verdad.

No había pensado mucho en su tonta exigencia, y era incierto si podría ir a cazar durante un día con un hombre sin arruinarse. Incluso si arrastrara a su acompañante con ella, no lo haría apropiado.

Tal vez si llevara a su hermana y a Beaufort, funcionaría mejor.

Como acordaron, Lord Howard se acercó justo cuando las primeras notas del vals empezaron a sonar desde los músicos. Tomó su mano y la llevó a la pista, atrayéndola a sus brazos con una facilidad y autoridad que ella no pudo evitar admirar.

La arrastró al baile y ella se perdió durante varios minutos mientras se movían por la sala, sus fuertes y reconfortantes brazos arrullándola en una falsa sensación de seguridad.

Él no le pertenecía, ni la estaba cortejando. Lo había pillado haciendo una apuesta a su costa, y ahora tendría que hacer lo que ella quisiera hasta que obtuviera lo que deseaba.

Pero no te importaría tenerlo de verdad...

Dorothy no podía negarlo. Lo encontraba absolutamente cautivador y atractivo. Pocas damas de la sociedad no lo hacían. Incluso ahora, el aroma a sándalo y jazmín tentaba sus sentidos y le hacía querer inclinarse hacia adelante y respirar profundamente mientras besaba su cuello, descubriendo si su piel sabía tan bien como olía.

Dorothy desechó el pensamiento inapropiado. ¿Qué le pasaba esta noche? Quizás la falta de tela que llevaba hacía que sus pensamientos y acciones fueran más libres que nunca.

—Estás muy favorecida esta noche. Sin duda el vestido que has elegido ha logrado lo que querías —afirmó Lord Howard, con la mirada fija en su pecho antes de dirigirla a algún punto por encima de su cabeza.

—Voy vestida de Afrodita, y ella es la diosa del amor, así que sí, creo que ha funcionado perfectamente. No es como si alguno de estos caballeros fuera a pedir mi mano. Tengo veintiocho años, demasiado mayor para la mayoría de ellos, pasada la edad fértil según creen muchos, y con poca fortuna. Quizás le sorprenda, Lord Howard, pero no soy un buen partido —bromeó.

Sus ojos se encontraron con los de ella, y un ligero ceño se formó entre sus cejas. No era la respuesta que esperaba. —Creo que se subestima. Son noches como esta, cuando está misteriosa y vestida como quizás se vestiría una esposa antes de ir a la cama... lo que hace que muchos caballeros se fijen en usted. Yo ciertamente lo he hecho.

—Ah, pero se supone que debe hacerlo, ¿no es así? Después de todo, tenemos una apuesta que ganar.

Él rió, y Dorothy pudo escuchar la autodeprecación en su tono. —Creo que, apuesta aparte, la habría notado esta noche, señorita Wright. Incluso podría haberme sentido tentado a llevármela para probarla también.

Dorothy se mordió el labio, intrigada. —¿Quién ha dicho que no podemos escabullirnos como dice? Siempre estoy dispuesta a la aventura, y eso suena divertido. Nombre un lugar y una hora, y allí estaré, milord.

La mirada de Lord Howard se oscureció, encendida por una emoción que no había visto antes. El vuelco de su estómago le dijo que quería volver a encontrarse con ella, experimentar lo que significaba, provocar y deleitarse con su reacción si él solo dijera que sí y le mostrara lo que significaba.

Dieron varias vueltas en el baile antes de que finalmente considerara apropiado responder: —El invernadero en media hora. La veré entonces, señorita Wright —dijo, haciéndola girar hasta detenerse y dejándola sola en la pista de baile para ver cómo el conde se alejaba de ella como si no acabara de aceptar escandalosamente su propuesta de una cita clandestina.

¡Su primera!

Apenas podía esperar a que pasaran los treinta minutos.

CAPÍTULO
SIETE

¿QUÉ DEMONIOS ESTABA HACIENDO al aceptar su proposición de una cita clandestina? Y sin embargo, los treinta minutos hasta que volviera a ver a la señorita Wright se arrastraban como si fueran treinta horas.

Paseaba inquieto por el invernadero, fingiendo interés en las numerosas flores y helechos que florecían a su alrededor. La fuente circular, oculta cerca de un extremo de la sala, lo distrajo durante varios minutos, y Hunter creyó contar unos cuarenta pececillos dorados nadando en el agua.

—Hola de nuevo, Lord Howard —dijo la voz suave y melodiosa de la señorita Wright detrás de él.

Un hambre voraz recorrió su sangre, y se giró, bebiendo de su visión. Tomó un respiro para calmarse, necesitando detener su absurdo plan improvisado antes de que fuera demasiado lejos.

Besos, en efecto...

—Por mucho que disfrutaría de un pequeño encuentro romántico con usted, señorita Wright, no puedo hacer lo que acordé. Después de considerar la propuesta, creo que sería mejor que regresara al baile ilesa y no corrompida por mí.

Ella rio, un sonido bajo y demasiado seductor, considerando lo que él acababa de decir. Hunter cruzó los brazos y mantuvo una distancia prudente.

—Por favor, ¿corrompida por usted? —Se movió frente a él, levantando su hermoso rostro, y se quitó la máscara—. No vamos a tener relaciones sexuales, milord.

Su atención se fijó en sus ojos. La sombra ahumada acentuaba el azul profundo de ellos, y nunca había visto a una mujer tan hermosa. Sus labios eran suculentos y teñidos con un poco de rouge, haciéndole querer olvidar su consejo de caballero de alejarse y, en su lugar, devorarla en el acto.

—No le estoy pidiendo que tome mi virginidad, milord. Lo mínimo que puede hacer, ya que hizo una apuesta a mi costa, es concederme mi primer beso. Un beso digno de ser recordado, además. ¿No es usted un libertino? ¿No se supone que los hombres de su reputación son capaces de besar a una dama con habilidad?

—Por supuesto que puedo besar a una dama con habilidad, pero no debería besarla a usted —

dijo con más convicción de la que sentía en ese momento. Sí quería besarla, besar esa actitud atrevida y mandona hasta dejarla sin aliento.

—¿Me tiene miedo, milord? Le aseguro que no soy una amenaza. Ahora, béseme. Uno no hará daño, no tanto como su apuesta lastimó mis sentimientos anoche.

—¿Siempre es usted tan difícil? —preguntó, observándola antes de examinar el invernadero y asegurarse de que estuvieran solos. No podía oír las voces de nadie más penetrando a través del follaje, así que si iba a hacer la cosa absurda de besarla, ahora era el momento.

—Sí, y puede que le pida otras cosas antes de que haga creer a Lord St. Alburn que estoy enamorada de usted. También las hará si desea compensarme por el daño que me infligió.

—No creo haberla lastimado tanto, pero si insiste en un beso, supongo que será mejor que se acerque.

Sus palabras parecieron hacer dudar a la señorita Wright, y ella vaciló en hacer lo que él ordenaba. Bien. Con suerte, ella recuperaría el sentido antes de que él cumpliera su amenaza.

Dorothy dudó y luego se reprendió internamente por actuar como una cobarde. Lord Howard no la asustaba, ni podía negarse a hacer lo que ella pedía, no si deseaba ser perdonado por ser un sinvergüenza.

Pero, ¿su primer beso? Nunca había besado a un hombre antes, y la idea de besar al conde enviaba una mezcla de temor y expectación por sus venas.

¿Disfrutaría besando a Lord Howard?

Observó su hermoso rostro y sus labios carnosos que parecían demasiado femeninos para un hombre. Y en cuanto a su mandíbula cincelada, nariz recta y cejas perfectas, bueno, había poco que no le gustara.

Sin mencionar que tenía el cuerpo de un hombre que montaba a caballo a menudo, con hombros anchos y brazos musculosos. A través de la levita de superfino, podía ver sus músculos flexionarse mientras esperaba que ella hiciera lo que le había pedido y fuera a sus brazos.

Tomando un profundo y fortalecedor respiro y ordenándose a sí misma tomar lo que había querido experimentar durante años, Dorothy levantó su rostro para recibir su primer beso.

Las manos de él se posaron en su cintura, una moviéndose detrás de su espalda. Ella jadeó cuando él la atrajo con fuerza contra sí, su pecho rozando el de él y enviando su ingenio a dar vueltas.

Quería sentir más de él, recorrer con sus manos su cuerpo y estudiar la forma masculina. En su lugar, colocó sus manos en sus hombros y esperó no hacer un desastre de las cosas. No avergonzarse y enviarlo riendo fuera del invernadero, para nunca volver a hablarle.

Eso no serviría en absoluto, y nunca volvería a entrar en sociedad si eso sucediera.

—¿Está lista, señorita Wright? —preguntó él, su voz bajando a un timbre profundo que ella nunca había escuchado antes. Supuso que era un tono secreto reservado para situaciones seductoras como en la que se encontraban ahora.

Le gustó el sonido y quiso oírlo hablar más en ese tono.

—Estoy lista, por supuesto. Simplemente esperándolo a usted —lo provocó.

Él emitió un sonido bajo y gutural y negó con la cabeza antes de que su mano sujetara su mandíbula y levantara su rostro aún más hacia él. Con una lentitud que puso a prueba su paciencia, bajó su cabeza.

Dorothy no podía esperar ni un momento más. Tenía veintiocho años, demasiado mayor para desperdiciar más segundos preciosos esperando que un hombre le diera lo que quería.

Se puso de puntillas y cerró ella misma el espacio. Sus labios tocaron los de él, y se quedó quieta, retrocediendo por la conmoción de sentir sus suaves labios.

Sus labios eran suaves y carnosos. ¿Se sentirían los de ella igual?

Antes de que pudiera pensar en formular una pregunta tan absurda en un momento así, él le agarró la nuca y la atrajo hacia sí, cubriendo su boca con la suya.

Dorothy jadeó ante la perversa sensación, y antes de que pudiera recobrar el aliento, la lengua de él danzó contra la suya, haciendo que sus rodillas flaquearan bajo su vestido.

Se aferró a él, intentando imitar la seductora y maliciosa forma en que su boca se movía sobre la de ella, arrastrándola hacia un clímax que nunca antes había experimentado.

—Eso es, ábrete para mí. Si vamos a besarnos, al menos que sea un beso que nunca olvides.

Hizo lo que le pidió, rodeó su cuello con los brazos y lo besó profunda y largamente. Su cuerpo, apretado contra el de él, chisporroteaba de sensaciones. Sus senos se sentían pesados, con un extraño hormigueo alrededor de los pezones que nunca antes había sentido. Pero entre sus piernas era donde notaba el cambio más sorprendente.

Sentía un dolor palpitante y, si se atreviera a pedirlo, deseaba que él la tocara allí. Que la acariciara y aliviara sus necesidades.

Lo besó con toda su habilidad, esperando no estar haciendo un desastre.

Él gimió, con una mano sosteniendo su nuca, mientras la otra se deslizaba por su espalda y ahuecaba una de las nalgas. La atrajo contra sí, y ella abrió los ojos cuando su cuerpo sintió la virilidad endurecida de él, gruesa y sólida contra su sexo.

Lord Howard mantenía los ojos cerrados, y ella hizo lo mismo, sin querer encontrarse con su mirada en un momento así, pero Dios mío, nunca había estado tan fuera de sí ni tan superada por la situación.

Y adoraba cada chispeante y perverso momento.

CAPÍTULO
OCHO

CERCA SE OYERON RISAS, demasiado cerca para que pudieran seguir besándose como lo hacían. Dorothy se apartó bruscamente y, sin mirar atrás, se alejó de Lord Howard.

El beso...

Uno que nunca olvidaría, sin importar cuántos años viviera en esta hermosa tierra. El deslizar de su boca traviesa sobre la suya, su tacto, su virilidad presionando contra su sexo y haciéndola anhelar cosas que nunca antes había discernido.

No es que entendiera esas necesidades, pero algo le decía que Lord Howard podría explicárselas de manera muy detallada.

—Dorothy, aquí estás. ¿Estás lista para marcharte? —le preguntó Lady Cary al entrar en el vestíbulo de la casa.

Dorothy asintió, dirigiéndose directamente al lacayo que entregaba chales a otros invitados que deseaban irse. —Sí, por supuesto. —Tomó el chal que le ofrecieron y salió de la casa, esperando regresar a su hogar, encerrarse en su habitación y pensar en lo que acababa de suceder.

El trayecto en carruaje hasta su plaza no tardó mucho, y en pocos minutos, se despidió de Lady Cary, su acompañante. En lugar de dirigirse a su habitación, caminó hacia la biblioteca y se encerró dentro. Se sirvió una copa de vino y se sentó frente al fuego, que se mantenía encendido durante todo el año debido a que la casa era tan grande y fría la mayor parte del tiempo.

Un golpecito en las puertas francesas que daban al jardín lateral la sobresaltó, y jadeó, casi derramando su bebida, cuando el rostro de Lord Howard se asomó por la puerta como un espectro.

Dorothy fue hacia la puerta y la abrió para dejarlo entrar. —¿Qué hace usted aquí? —susurró, moviéndose hacia la puerta de la biblioteca y cerrándola con llave para evitar que algún sirviente entrara y la viera con un hombre.

Un hombre que ciertamente no era su esposo.

—No puedes besarme así y luego huir. Deberíamos hablar de ello, discutirlo y asegurarnos de que no vuelva a suceder.

Mientras Lord Howard decía estas palabras, invadía su espacio, recordándole a Dorothy a un animal decidido a devorar a su presa.

Ella extendió su mano y lo detuvo para que no se acercara más, pero no hasta que sus dedos se posaron en su pecho. Podía sentir el rápido latido de su corazón, el subir y bajar de su pecho por su respiración acelerada.

—No hay nada que discutir, mi lord. Usted me concedió mi primer beso, muy caballerosamente. Se lo agradezco, pero ahí es donde terminará. Un beso, nada más se requiere de usted.

—¿Realmente lo dices en serio? —Él tomó su mano y la cubrió con la suya—. ¿Eso es todo lo que quieres de mí? ¿No hay otras primeras veces que te gustaría que yo desterrara?

Dorothy luchó por no reaccionar ante sus palabras. Por no desear cosas que ninguna mujer respetable debería anhelar. Pero también estaba más cerca de los treinta años que de los veinte y quería sentir... cualquier cosa menos el constante aburrimiento y desilusión que siempre la acompañaban.

Quería pasión, sentirse deseada, no necesariamente amor, sino estar viva por una vez en su vida.

Estar en los brazos de un hombre que pudiera hacer cantar a su cuerpo.

—No puede pedirme eso. No es justo. Sabe que hay cosas que nunca experimentaré ya que nunca me casaré. No debería estar aquí burlándose de mí de esa manera.

Él negó con la cabeza, alcanzándola. —No vengo aquí a burlarme de ti. Puedo hacer muchas cosas que te mantendrán doncella.

Sus palabras despertaron su interés, y se preguntó qué podría significar. —¿Habla en serio? ¿Qué insinúa, que puedo seguir siendo doncella? —No es que le importara particularmente si lo hacía, pero tampoco quería quedar encinta sin estar casada.

—Puedo tocarte. Tú puedes tocarme. Podemos darnos placer mutuamente sin tomar tu doncellez. No hay riesgo, solo satisfacción.

Dorothy se estremeció ante sus palabras, deseando lo que ofrecía y preguntándose si tendría el valor de hacer algo más. —¿Qué propone que hagamos? —preguntó.

Él se mordió el labio inferior, alcanzándola, y ella cedió y fue a sus brazos. Él la levantó y la colocó sobre el escritorio. Sus ojos se oscurecieron con una promesa tácita que la dejó sin aliento.

¿Realmente podía hacer esto? ¿Era tan valiente como hacía creer a la gente?

Él alcanzó los botones de sus pantalones y los abrió de un tirón. Su miembro quedó libre, y Dorothy se quedó boquiabierta ante la longitud y grosor de su pene.

¿Eso entraría en una mujer y le daría placer?

Se estremeció de nuevo ante la idea. No es que él fuera a hacerle eso. Había prometido no hacerlo, pero eso no le impedía desearlo. Qué lástima que nunca sabría completamente lo que era estar con un hombre. Y no con cualquier hombre, sino con Lord Howard.

—Levanta tu vestido —ordenó Hunter, acariciando su miembro de la base a la punta, su mente desatada con pensamientos de hundirse profundamente en su calor y saciarse, bombeando

su miembro en ella y siendo su primer amante.

Y el último y único amante...

Descartó el pensamiento, observó, fascinado, cómo ella obedecía su orden sin discutir. Su vestido de diosa requirió poco para apartarlo, y ella se sentó en el escritorio con el material blanco y sedoso alrededor de su cintura, sus largas piernas expuestas, los rizos de su monte de Venus haciendo que se le hiciera agua la boca.

—¿Qué va a hacer? —preguntó ella.

Él se colocó entre sus piernas y separó sus rodillas. Ella se abrió como una flor, y él se deleitó, agarrando su miembro y acariciándose mientras imaginaba poseerla aquí y ahora.

—Confía en mí, no te tomaré, pero quiero provocarte. Provocarnos a ambos —Se colocó entre sus piernas y deslizó la punta de su miembro a lo largo de su sexo, la gota de perla lubricando su camino. Presionó su verga contra su abertura, provocando su flor rosada, deslizando su pene entre sus pliegues antes de presionar su sensible botón con movimientos circulares.

—Oh, cielos, Lord Howard —jadeó la señorita Wright, reclinándose sobre sus manos y observando cada uno de sus movimientos, con los ojos abiertos de asombro.

Los acarició, provocó su carne una y otra vez, rodeó su hinchado sexo y luchó por no correrse como un muchacho inexperto jamás tocado antes.

—Hunter, llámame Hunter —La falta de aliento en sus palabras lo tomó por sorpresa, y luchó por controlar sus emociones. Ella levantó su trasero del escritorio y se presionó contra él, y perdió toda introspección coherente.

Tomó su nuca entre sus manos y la besó.

Con fuerza.

Ella jadeó cuando su pene se deslizó entre sus pliegues, estableciendo un ritmo delicioso que lo hizo gemir. Nunca antes había follado a una mujer en seco de esta manera, pero había algo exquisitamente erótico en hacerla llegar al clímax sin penetración.

Ella se aferró a él, sus dedos marcando la parte posterior de su cuello. Flexionó sus caderas más rápido, deslizándose contra su carne húmeda. Sus testículos se endurecieron, su miembro se puso aún más rígido, y supo que estaba cerca.

—Córrete para mí, señorita Wright.

—Llámame Dorothy —gimió ella, levantando sus piernas para rodear su espalda.

—Córrete para mí, Dorothy. Déjate llevar y disfruta de mi cabalgata —ordenó.

Ella se quedó boquiabierta, aferrándose a él como si fuera lo único que la mantenía anclada al suelo. Sintió los primeros temblores de su liberación vibrar contra su pene, y continuó su implacable búsqueda del placer.

—Hunter —jadeó, besándolo profundamente y con una ferocidad que lo dejó tambaleándose.

—Sí, eso es —Sintió cómo ella ondulaba contra él, cabalgando ola tras ola de liberación. Él se dejó ir, se corrió con fuerza contra su monte de Venus y gimió su nombre mientras se unía a

ella en su pasión compartida.

Nunca antes había dejado de follar a una mujer, pero algo le decía que después de esta noche, no follaría a Dorothy muchas más veces antes de que la temporada llegara a su fin.

CAPÍTULO
NUEVE

HUNTER DESCANSABA en el salón privado de Lord y Lady Primrose la noche siguiente. El sonido amortiguado de la música de los músicos lo adormecía un poco, pero aun así, su sangre bombeaba fuerte y rápido, y su cuerpo ardía por más de la señorita Dorothy Wright.

Bebió un sorbo de su whisky, agradecido por el momento de soledad antes de tener que enfrentarse a ella de nuevo. Observar desde lejos y saber que no podía tenerla como deseaba.

¿Qué le había hecho esa pícara?

La noche anterior había experimentado una liberación tan intensa, uno de los momentos más poderosos y placenteros que había tenido jamás. Y sin embargo, no la había poseído.

En su lugar, se había frotado contra ella como un muchacho que no sabía qué hacer.

Por supuesto, lo había hecho para preservar su inocencia, pero ¿cuán ingenua era realmente la señorita Wright? O mejor aún, ¿realmente deseaba permanecer así a los veintiocho años?

Hunter se pasó una mano por la mandíbula, tomando una respiración profunda y calmante. Demonios, incluso ahora la deseaba. El pensamiento de llevarla al éxtasis era un anhelo que no cedía.

Se había vuelto loco por la Solterona de la Temporada.

Se sentó en la oscuridad, con la luz de la luna como única iluminación desde la terraza. Una risa femenina y otra masculina poco después llamaron su atención, y se volvió para mirar a través de las puertas de cristal, divisando a la mujer que había ocupado demasiados de sus pensamientos en las últimas doce horas.

La señorita Wright paseaba por la terraza con Lord Rockwood, ambos enfrascados en una conversación que parecía mantener su interés. Otros también se mezclaban a su alrededor, lo que le dio a Hunter un mínimo de calma al saber que no estaba sola con otro hombre, apenas horas después de que él la hubiera llevado al orgasmo.

Apretó los dientes, observando a los dos antes de que Lord Rockwood se disculpara y dejara a la señorita Wright sola en la terraza. Hunter frunció el ceño, se levantó y caminó hacia la puerta, abriéndola lo suficiente para hablarle.

—Señorita Wright, una palabra —dijo.

Ella se giró al oír su voz, la sorpresa en su bonito rostro fácil de leer, pero no se negó. En su

lugar, miró a su alrededor para ver si alguien había notado su intercambio y, satisfecha de que nadie lo hubiera hecho, se unió a él en la habitación oscura.

Hunter cerró la puerta con llave cuando ella entró y guió a la señorita Wright hacia el sofá donde había estado sentado. —Necesitamos hablar sobre lo que ocurrió anoche.

Ella alzó las cejas, su atención pasando a sus labios y bajando por su cuerpo. Hunter sintió su inspección como una caricia, y se removió en su asiento cuando su miembro se puso en alerta.

Y entonces su mirada se posó en su entrepierna, y una pequeña sonrisa satisfecha levantó sus labios. —¿Está seguro de que desea hablar conmigo, milord? ¿No lo intentó anoche sin éxito? ¿O hay otra parte de usted que le gustaría hacer toda la conversación?

Hunter contuvo un gemido y se obligó a pensar con claridad, no a imaginar cómo abría sus pantalones, posicionaba a Dorothy sobre él y la empalaba, dándoles a ambos lo que querían.

Placer.

Parpadeó lentamente, luchando por mantener la compostura. —No debería haberla tocado anoche, y no puedo comprender por qué la busqué después del baile. No debería haberlo hecho, y me disculpo.

La señorita Wright se dejó caer en el sofá y lo miró con fastidio. —¿Por qué se está disculpando? Tengo veintiocho años, milord. Y anoche disfruté mucho. Si está abierto a un encuentro, me gustaría hacer más con usted. Esta pequeña apuesta con Lord St. Alburn me ha permitido usarlo tanto como usted iba a usarme a mí, y lo encuentro muy agradable.

—¿Un encuentro? —logró decir, su mente trabajando a toda velocidad.

—Sí. —Extendió la mano y la colocó sobre su miembro, acariciándolo a través de los pantalones.

Él cubrió su mano con la suya, deteniéndola. —Detente, Dorothy —advirtió, pero perversamente no retiró su agarre.

—¿Realmente desea que me detenga? Usted, Lord Howard, puede ser mi única oportunidad de saber lo que es ser íntima con un hombre, incluso si esa intimidad no se extiende al acto sexual completo. Pero seguramente hay más que un hombre y una mujer pueden hacer juntos, ¿no es así? ¿No me lo mostrará si se lo pido amablemente?

—Pídelo amablemente —jadeó cuando su mano lo acarició de nuevo. Su miembro se abultaba, deseando ser tocado, acariciado, succionado. El pensamiento de sus labios rodeando su virilidad lo obligó a tomar una respiración calmante. No podía pedirle eso.

¿O sí podía?

—¿Me permitiría ver su virilidad, milord? Quiero ver más claramente de qué se trata todo el alboroto cuando las mujeres hablan de sus maridos y amantes. Anoche vi un atisbo de su masculinidad, pero eso es todo. Siempre he querido saber. —No esperó su respuesta y, en su lugar, desabrochó cada uno de los botones de sus pantalones dolorosamente despacio hasta que se abrieron.

Su miembro saltó, grande y erecto para su contemplación, y observó con fascinación cómo su

lengua se deslizaba sobre sus labios mientras lo examinaba.

—Bueno, es más grande de lo que pensé anoche. De hecho —dijo, extendiendo la mano y pasando un dedo a lo largo de su longitud—. Oh, qué deliciosamente suave es la piel, y sin embargo el miembro en sí es rígido. Fascinante.

Hunter luchó por no gemir en voz alta, pero mientras ella lo acariciaba, lo mimaba y jugaba con él como si fuera un juguete, no pudo soportarlo ni un momento más. —O me acaricias hasta que termine o me succionas, pero por piedad, deja de jugar conmigo, mujer.

Su mirada sorprendida se encontró con la suya. —¿Las mujeres pueden poner el miembro de un hombre en sus bocas? ¿Es eso siquiera posible?

—¿Por qué no lo intentas y lo compruebas? —sugirió con voz ronca, observándola.

Esa condenada lengua se deslizó sobre sus labios una vez más, y no pudo contenerse. La atrajo hacia sí y la besó. Con fuerza. Succionó su lengua, devoró su boca hasta que ambos se retorcían y jadeaban en busca de aire.

La apartó y asintió hacia su miembro. —Succiónamelo, señorita Wright.

Sin dudarlo, ella inclinó la cabeza hacia su regazo. El primer toque de sus labios, besando a lo largo de su virilidad, casi lo deshizo, pero luego, cuando levantó su miembro con la mano y colocó la punta en su cálida boca, perdió todo pensamiento coherente.

La capacidad de pensar en absoluto, si fuera sincero.

Ella aprendía rápido y pronto estaba subiendo y bajando sobre su miembro, chupándolo profundamente, la parte posterior de su garganta provocando su sensible punta. Él empujaba dentro de ella, no con la fuerza que usaba con su amante, pero lo suficiente para que cayeran en un delicioso ritmo.

—Sí, chúpame, Dorothy. Justo así —arrulló.

Ella gimió, y la vibración encendió un fuego dentro de él que no se apagaría. Le agarró la nuca, observó cómo trabajaba su virilidad, y luchó por no correrse, pero fue en vano.

Ella era una maestra y lo tenía en su poder. —Voy a terminar. Debes parar —advirtió.

Ella negó con la cabeza, sin moverse ni un centímetro. Si acaso, su succión se volvió más fuerte, más rápida, más exigente, y él echó la cabeza hacia atrás, mirando al techo mientras su cuerpo se estremecía con el orgasmo.

Embestida tras embestida, ella tragaba, tomaba su parte, y no soltó su miembro hasta que estuvo satisfecha de que había terminado.

La felación fue para los anales y una que nunca olvidaría. Había pensado que la noche anterior había sido una de las noches más eróticas de su vida, pero ahora, aquí con Dorothy con su cabeza en su regazo, lamiendo su miembro hasta dejarlo limpio, sabía que sin duda le había dado una de las mejores mamadas de su existencia.

¿Cómo demonios se suponía que iba a alejarse de ella ahora? ¿Enviarla por su camino y detener la locura que se había apoderado de ellos?

Sabía que no podía.

CAPÍTULO
DIEZ

DESPUÉS DE USAR el tocador y volver a arreglarse, Dorothy regresó al baile sin poder comprender lo que acababa de hacer.

En qué escandalosa libertina se había convertido desde que conoció a Lord Howard.

Pero cuán salvajemente divertido era ser traviesa por primera vez en su vida con un hombre que sabía cómo complacer a una mujer y recibir satisfacción a cambio.

Sin necesidad de ataduras.

No es que fuera a ponerse en una situación comprometedora. Había oído a Hunter cerrar con llave la habitación privada cuando lo vio más temprano esa noche. Y tampoco consumaría plenamente sus exploraciones sexuales. Pero eso no significaba que no disfrutaría de los otros momentos deliciosos que pudieran tener mientras continuara su pequeña apuesta con Lord St. Auburn.

Consiguió una copa de champán y la bebió de un trago, antes de tomar otra mientras el lacayo estaba cerca. Observó a los numerosos invitados bailar y conversar por la sala hasta que su mirada se encontró con la de Lord Howard.

Él estaba parado directamente al otro lado de la pista de baile, sus ojos ardiendo con determinación y deseo. Ella tragó saliva, habiendo pensado que él estaría bien satisfecho después de lo que le había hecho, y sin embargo, algo en sus ojos le decía que estaba lejos de haber terminado con ella esta noche.

Un escalofrío de conciencia la recorrió. Su centro palpitaba y dolía con renovada necesidad, y tomó otro sorbo, intentando enfriar su temperatura.

¿Qué estaba haciendo? Pedirle que hiciera cualquier hazaña sexual que ella quisiera era absurdo y altamente escandaloso, y sin embargo no podía evitarlo. Un hambre se había estado acumulando dentro de ella durante años, anhelando el sexo opuesto, deseando lo que tantos otros disfrutaban mientras ella no.

Pero ahora conocía la exquisita sensación de liberación, y no podía tener suficiente.

Incluso ahora, lo deseaba.

Lo observó mientras él la observaba, y supo que su noche no había terminado. Que estarían juntos de nuevo. No sabía dónde, pero sería en algún lugar y pronto si su mirada oscura y

hambrienta era alguna indicación.

El hombre era un Casanova inglés.

El pensamiento la hizo sonreír, y eso fue suficiente para que Lord Howard hiciera su movimiento. Caminó directamente a través de la multitud de bailarines, y estos parecieron apartarse como el Mar Rojo lo hizo para Moisés. Dorothy no se movió e intentó no reaccionar externamente a su determinado interés en ella. En cambio, fingió indiferencia hacia lo que sucedía a su alrededor con la esperanza de que nadie sospechara que se estaban convirtiendo en amantes.

La idea de que él tomara su doncellez flotó por su mente, tentándola a preguntar, a ver si habría una manera de hacerlo sin quedar embarazada.

Desconocía lo que eso implicaría, pero quizás Hunter estaría dispuesto a decírselo ya que parecía abierto a otras opciones que habían probado.

Se volvió hacia Lady Cary, su acompañante. —Voy a volver a casa. Puedes quedarte si lo deseas. Me temo que me está dando dolor de cabeza.

—¿Estás segura, Dorothy? Puedo ir contigo si quieres.

Dorothy le dio unas palmaditas en el brazo y negó con la cabeza. —No, quédate y disfruta. Te veré en el desayuno.

Dorothy se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta del salón de baile, sintiendo a Lord Howard pisándole los talones y siguiendo cada uno de sus pasos. Salió del salón de baile y logró pedir su carruaje antes de que Lord Howard se parara a su lado, silencioso pero emanando una necesidad apenas contenida que llamaba a la suya.

Sin palabras, se quedó cerca y esperó mientras su carruaje se detenía frente a la casa.

Ella agradeció al lacayo que abrió la puerta del carruaje, y Lord Howard se unió a ella en el vehículo sin invitación. Dorothy gritó su dirección para volver a casa, y en poco tiempo, estaban viajando por las calles de Mayfair hacia Golden Square. Afortunadamente, aparte del lacayo y el cochero, nadie había visto a Lord Howard subir a su carruaje.

—¿Qué estáis haciendo aquí, milord? —preguntó, manteniendo sus emociones bajo control y sin dar más importancia de la debida al hecho de que la siguiera. Estaban jugando un juego, un juego de simulación que de alguna manera se había salido de control y entrado en un territorio peligroso y erótico.

—No tengo idea —respondió él, y ella supuso que eso era probablemente lo más cercano a la verdad que obtendría en este punto.

Asintió y apretó las manos en su regazo. —¿Quiere que lo deje en su club o en su casa?

—No —dijo sin vacilar—. Pero me pregunto si estás dispuesta a una pequeña aventura.

—¿Una aventura? —preguntó, intrigada—. ¿Te refieres a otro baile?

—No —dijo, sentándose a su lado y tomando su rostro entre sus manos. La besó, profunda y largamente, y con una lentitud que la dejó desconcertada. ¿Qué le estaba pasando? ¿Qué estaba haciendo besándola de una manera que la hacía creer que era la única mujer que quedaba en la

tierra? La única mujer que le importaba.

Maldición, el pícaro era bueno en lo que mejor hacía.

Seducción...

Se apartó, mirándola fijamente, y ella no pudo descifrar lo que estaba pensando. Siempre un misterio, pero uno que le encantaría resolver. —Hay otro tipo de club que podría interesarte. Eres muy traviesa para ser una solterona. Creo que disfrutarías de mi salida.

—Pero la gente sabrá quién soy —dijo ella.

—¿Tienes una máscara?

Dorothy lo pensó y recordó que no había llevado su máscara a casa la otra noche. —Sí, tengo mi máscara del baile de la otra noche debajo del asiento. Podría usarla si crees que nadie me reconocería.

—Suéltate el pelo y nadie sabrá quién eres —sugirió él.

Dorothy hizo lo que él le ordenó, liberando los numerosos pasadores y sacudiendo sus largos cabellos rubios. Tomó la máscara y se la puso, preguntándose qué le mostraría. Qué diversión estaban a punto de tener que ella nunca había experimentado antes.

Hunter revisó la apariencia de Dorothy y, satisfecho de que nadie la reconocería, la ayudó a salir del carruaje cerca de Soho Square, frente a The White House, el famoso burdel que él había frecuentado a menudo.

Demonios, apenas reconocía a Dorothy, y si hubiera visto a esta misteriosa belleza desde el otro lado de una habitación como lucía ahora, no habría pensado que se trataba de la Solterona de la Temporada.

Tomó su mano y la guió dentro de la casa. Un sentimiento de orgullo de que ella estuviera en su brazo y que solo él supiera quién era lo inundó. Era una sensación extraña considerando que hasta hace unos días, apenas la conocía.

Pero, oh, cuán bien la conocía ahora. Quería conocerla más, aunque no creía que ella estuviera abierta a tal compromiso. Ella pensaba que él estaba interesado solo por una apuesta, pero no la habría seguido esta noche ni habría regresado a su casa la otra noche si ella no hubiera despertado su interés más que cualquier otra persona que hubiera conocido.

Al entrar en el vestíbulo, la guió más allá de una gran sala de estar llena de parejas. Muchas estaban recostadas una sobre otra, besándose, frotándose, alimentándose mutuamente con uvas y vino en varias sillas y cojines. Pasó junto a todos ellos e ignoró su jadeo sorprendido mientras la conducía escaleras arriba. —Aquí arriba, hay algo que quiero mostrarte.

—¿Qué es? —preguntó ella, aferrándose más fuerte a su brazo y acercándose más a él.

—Deseabas saber qué sucedía entre un hombre y una mujer, y voy a mostrártelo mientras te mantengo doncella —susurró.

Ella encontró su mirada detrás de su máscara, y él pudo leer el interés en sus ojos azules. Brillaban con diversión y expectativa, y él sonrió, robando rápidamente un beso antes de guiarla a una habitación oscura.

La sentó en el único diván frente a un espejo en la pared y cerró con llave la puerta, no queriendo que nadie más entrara cuando ella observara lo que estaba a punto de ocurrir en la habitación del otro lado de la pared.

Una pareja entró en la habitación opuesta, acalorada y apasionada con sus caricias, sus besos, y la remoción de ropa apresurada en su necesidad.

—Hunter, ¿qué es esto? —preguntó ella con interés, inclinándose hacia adelante.

—Sexo —respondió él, observándola. Su miembro estaba duro, presionando contra sus pantalones, y cuanto más observaba la fascinación de ella con la pareja, más duro se ponía.

Dios mío, quizás esta era una mala idea, pero entonces ver su disfrute hacía que su dolor erótico valiera aún más la pena.

Ella valía la pena.

CAPÍTULO
ONCE

DOROTHY NO PODÍA BORRAR el asombro de su rostro mientras observaba, fascinada, cómo una pareja en la habitación de enfrente hacía el amor o tenía sexo en su estilo crudo y notable, tal como Hunter había sugerido.

Su cuerpo ardía de deseo cuanto más veía a la mujer echar la cabeza hacia atrás en éxtasis, mientras el hombre disfrutaba con avidez de los lugares más íntimos de la mujer entre sus piernas.

Sus senos se sentían pesados en su vestido, y dio un respingo cuando la mano de Hunter le apretó el muslo, masajeando su pierna mientras estaban sentados en el sofá. Tragó saliva y esperó con el aliento contenido mientras su mano se movía para acariciar su sexo, frotando sus dedos contra su dolorido botón con una pericia que ella atesoraría para siempre.

—No puedo negar que quiero follarte, Dorothy.

Ella no podía negar que también quería que él la follara, fuera lo que fuera que eso implicara. Y entonces vio lo que ocurría entre un hombre y una mujer y lo quiso para sí misma.

El hombre en la habitación de enfrente se acomodó entre las piernas de la dama y deslizó su miembro engrosado dentro de ella. La mujer parecía disfrutar de sus atenciones, de sus embestidas cada vez más rápidas, y Dorothy supo que también quería eso.

Para ella misma.

Con Hunter.

—Yo también quiero que me folles —admitió, volviéndose para mirarlo—. Quiero que me tomes tan salvaje y desenfrenadamente como esos dos en la otra habitación. No quiero que me traten como una delicada florecilla que nunca ha sido besada. Quiero que me tomes como la mujer que soy y que quiero ser.

Él la atrajo bruscamente contra sí y tomó sus labios, besándola profunda y largamente. Dorothy se lanzó contra él, montándolo y haciéndolos caer sobre el sofá.

Sus manos tiraron de las faldas de su vestido, subiéndolas hasta acumularlas en su cintura. Sus dedos acariciaron su carne húmeda y dolorida, rodeando su palpitante botón antes de deslizarse dentro de ella.

Ella jadeó, nunca había sentido algo tan extraño... y a la vez tan satisfactorio. Gimió su

nombre, incapaz de contener cómo la hacía sentir, las sensaciones que surgían dentro de ella, que sobreestimulaban cada fibra de su ser.

Él tiró de sus calzones; su verga, dura y engrosada, se erguía contra su carne. Dorothy aprovechó la oportunidad para frotar su coño contra él, habiendo disfrutado de él de esa manera antes.

—No me jodas provocándome, pícara —gruñó él, agarrando su verga y acariciándose.

—Nunca he hecho esto antes —admitió ella, ignorando la ola de incertidumbre que hizo temblar su voz o el miedo que pausó su desesperación por él.

—Iré al ritmo que quieras —dijo él, sus ojos brillando con expectación y verdad—. No me correré dentro de ti, lo prometo.

Dorothy asintió y se levantó sobre sus rodillas, posicionando a Hunter en su centro. Con exquisita facilidad, se bajó sobre él, solo un ligero ardor afectó su disfrute antes de que nada más que plenitud quedara en su lugar.

—Maldición, te sientes como el cielo —dijo él, sus manos anclando sus caderas.

Ella se sentó sobre él durante un latido o dos, asustada de moverse antes de que el apetito de su cuerpo tomara el control, y se levantó un poco antes de volver a bajar.

Donde pensó que habría dolor, no lo hubo, nada más que la sensación de placer, de una acumulación de expectación que solo Hunter podía calmar.

—Eso es, móntame. Fóllame —dijo él, inclinándose para tomar sus labios.

Ella envolvió sus brazos alrededor de su cuello y usó sus rodillas para ayudarse a empalarse, una y otra vez, en su verga. Tan dura, gruesa y larga. Tan absolutamente deliciosa que podría comérselo por siempre jamás.

El beso se volvió ansioso, hambriento, al igual que su ondulación sobre él. Él gimió a través de su beso, sus dedos clavándose en sus caderas.

Dorothy se deleitó en lo sucio de todo, el hambre cruda que latía en su sangre. El sonido de la otra pareja gimiendo en su disfrute se mezclaba con el de ellos.

—Hunter —jadeó ella—. Quiero más. Dame más —suplicó.

Él salió y la puso en el sofá antes de ponerse de pie. Tomó su mano y la llevó al espejo. La pareja follaba con el hombre por detrás, y Dorothy observó con asombro, sin saber que eso era posible.

¿Cuánto no sabía del acto sexual? Mucho por lo que podía ver...

—Mira al espejo. Voy a follarte por detrás.

—¿Como lo están haciendo ellos? —preguntó, haciendo lo que él ordenaba. No se atrevería a desobedecer. El tono profundo y autoritario de su voz no admitía discusión.

—Sí.

Dorothy hizo lo que le pidió, levantó las manos y se apoyó contra el espejo. —¿No pueden verme, verdad? —preguntó, sintiéndose cohibida por primera vez.

—No. Solo nosotros podemos verlos a ellos. —Se acercó por detrás, besó su cuello y pasó su

lengua por debajo de su oreja. Ella se estremeció, su cuerpo no era más que una extensión hipersensible y excitada de sí misma.

Él se arrodilló detrás de ella, levantó su vestido y besó la parte posterior de sus piernas, su trasero, antes de que su calor, la fuerza de su pecho se presionara contra su espalda mientras se ponía de pie. Sus dedos se apretaron en sus caderas, inclinándola para acomodarlo mejor, y entonces ella lo sintió.

La punta de su hombría, presionando, buscando su centro, y con poco esfuerzo, encontró su coño húmedo y embistió dentro de ella.

—Hunter —gritó ella, sosteniéndose contra el espejo mientras él sujetaba sus caderas y embestía dentro de ella con una repetitividad que la dejó tambaleándose. La sensación la bombardeaba, provocaba y atormentaba sus sentidos y la carne sensible entre sus piernas.

—Oh, sí. Eres increíble, Dorothy —gimió él, su ritmo frenético y rápido—. Tan jodidamente apretada.

Parecía engrosarse dentro de ella, y gimió cuando, con cada embestida, él acariciaba una parte de ella, en lo más profundo de su ser, que suplicaba, anhelaba y deseaba que su miembro la tocara en cada empuje.

La ola de su liberación, el orgasmo, la atravesó con tal fuerza y rapidez que no supo qué hacer ni cómo reaccionar. Se apretó contra él, buscó más de él, se frotó contra él como un animal en celo, y disfrutó cada delicioso deslizamiento de su virilidad mientras su orgasmo la dominaba, sacudiéndola como una tormenta.

—Hunter —jadeó ella cuando él también alcanzó su liberación, pero no dentro de ella. Él se retiró, y ella miró por encima de su hombro para verlo llegar al clímax en el suelo, su mano acariciando su miembro, sus ojos fijos en ella.

Dorothy luchó por recuperar el aliento y recobrar algo de calma, pero sería inútil. Dudaba que alguna vez volviera a estar tranquila, ni lo deseaba.

Quería lo que él podía ofrecerle, este acto sexual, tan satisfactorio, tan gratificante, tan increíblemente maravilloso que no podría vivir ni un día más sin él, y no lo haría.

Incluso si tuviera que casarse con cualquiera para obtener lo que quería, lo haría.

Pero ¿obtendrías tal satisfacción con cualquiera si no fuera con Hunter?

Se apoyó contra el espejo, ya sin interés en la pareja de al lado, solo en el hombre que se acercó por detrás y la rodeó con sus brazos por la cintura. —Me temo que esta noche hemos iniciado algo que ninguno de los dos quiere que termine.

¿Podría referirse a algo más que el sexo? ¿Podría ella esperar más cuando apenas conocía a Lord Howard?

Sonrió y giró la cabeza, encontrándose con su mirada. —Me temo que puede que tengáis razón —respondió honestamente, y aunque esa admisión era aterradora, también era liberadora. No había nada malo en desear algo que durante tanto tiempo se le había negado a una persona.

Solo necesitaba que Lord Howard la deseara tanto sexual como matrimonialmente, y

entonces su vida sería perfecta.

Perfecta, en efecto...

CAPÍTULO
DOCE

HUNTER NO PODÍA SACARSE a Dorothy de la cabeza, ni quería hacerlo. El juego que habían comenzado a jugar apenas unos días antes se había transformado en una situación nada divertida pero muy satisfactoria.

La deseaba.

No solo para jugar con ella, para ganar una apuesta, o para follar, aunque ciertamente quería hacer eso, y tan a menudo como pudiera si ella se lo permitía. No podía, como caballero, permitir que su acuerdo continuara como estaba.

Le ofrecería matrimonio, y entonces podría hacer el amor a su esposa cuando y como quisiera por el resto de sus vidas.

Llamó a la puerta de su casa en Golden Square y fue rápidamente escoltado a una biblioteca que parecía muy diferente a la suya.

Aunque cientos de libros cubrían las paredes, los muebles estaban tapizados en tonos crema y dorado y hechos de maderas claras, no de la rica caoba oscura de la suya.

Se paró frente a la ventana mirando hacia la plaza y esperó con las manos detrás de la espalda. En cuestión de minutos, los pasos en zapatillas que ahora reconocía como los de Dorothy sonaron en el vestíbulo antes de detenerse en la puerta de la biblioteca.

Se giró para saludarla y esperó que ella fuera receptiva a lo que estaba a punto de pedir, de declarar.

—Lord Howard, no lo esperaba —dijo ella, con un tono de indiferencia, pero él pudo escuchar la inquietud en su voz, la curiosidad y la preocupación.

Pero él no había venido aquí con más ideas absurdas de detener su liaison. Todo lo contrario. Quería convertirlo en una proposición más permanente si ella aceptaba.

—Buenos días, señorita Wright... Dorothy —le lanzó una pequeña sonrisa cuando sus ojos se agrandaron al usar su nombre de pila. Se unió a ella en el escritorio y tomó sus manos, necesitando sostenerla, sentirla y estar cerca de ella.

—¿Qué ocurre? —lo estudió, y él esperaba no parecer tan nervioso como se sentía. ¿Diría que sí? ¿Ignoraría su pregunta y lo echaría?

—Nada está mal. No se alarme. Pero hay algo que debo preguntar antes de que pase otro día.

—¿Preguntarme? —Se liberó de su agarre y se sentó en su silla, observándolo como solía hacerlo su antiguo tutor de la escuela.

Él se acercó al escritorio y se arrodilló ante ella, tomando sus manos nuevamente.

—Hay una silla para invitados justo allí —mencionó ella, inclinando la barbilla en esa dirección.

Hunter se rio, sin intención de moverse de su posición hasta que ella dijera que sí. —No quiero sentarme tan lejos. Quiero arrodillarme ante usted, señorita Wright, Dorothy, cuando le pregunte si se casaría conmigo. Convertirse en la próxima condesa Howard y hacerme el hombre más feliz de Inglaterra.

Ella lo miró como si le hubieran crecido dos cabezas, pero él no habló. Su pregunta no debía tomarse a la ligera, ni su asociación había sido larga, pero sabía lo que sentía dentro de él; lo que ardía en su alma y dolía en su corazón no era una emoción que hubiera sentido antes o con nadie más.

La señorita Dorothy Wright, la Solterona de la Temporada, era su alma gemela, y nada lo disuadiría de hacer que ella viera que él también era el suyo.

—No sea absurdo, Lord Howard. Todavía está abrumado, quizás por lo de anoche.

Sus palabras le recordaron la noche anterior, y negó con la cabeza, sabiendo que aunque siempre recordaría su interludio con cariño, no estaba confundiendo su sentido del bien y del mal, de lo que sentía y quería en la vida.

—No, no estoy abrumado, lo prometo. Ni he bebido nada hoy que explique mi pregunta. Le estoy pidiendo que se case conmigo porque es la primera mujer que ha puesto mi mundo de cabeza. La primera mujer que hace que mi sangre bombee con una fiereza que no creía posible. La primera mujer que me ha hecho contemplar el matrimonio para que no puedan arrebatármela. La primera mujer por la que me preocupo y pienso a todas horas del día y de la noche. Quiero casarme con usted porque sé que he caído bajo su hechizo y la amo.

Sus ojos se agrandaron, y durante varios latidos, no habló. —¿Me ama? —logró decir, con voz apenas audible.

—Sí. Sé que es repentino, y después de mi apuesta con Lord St. Alburn, puede pensar que no soy sincero, pero juro por todo lo que poseo que lo que digo es la verdad. La amo —declaró de nuevo, sin vergüenza ni miedo de lo que sentía por la mujer frente a él—. Quiero casarme con usted. Quiero tener una vida con usted. La quiero en mi cama y a mi lado.

—¿Y su amante? —preguntó ella.

—Se está mudando a una nueva residencia que Lord Rockwood compró para ella. Ya no tengo una amante y no he buscado sus servicios desde antes de conocerla a usted, ni volveré a buscar tales servicios jamás. Tendré una esposa, una mujer que adoro y amo y no quiero abandonar por otras. Cásese conmigo, Dorothy. Por favor —pidió de nuevo, dispuesto a suplicar si eso significaba que ella diría que sí.

Dorothy no podía creer lo que Hunter le estaba pidiendo. ¿Matrimonio? Solo se habían

conocido en un plano más íntimo durante una semana, ¿y la amaba?

Apenas podía creerlo, pero también podía reconocer que sus emociones hacia el hombre arrodillado frente a ella eran mucho más intensas de lo que jamás había sentido por nadie más.

¿Pero amor?

Sus ojos le imploraban que dijera que sí, y su estómago se revolvió ante la idea de que si lo rechazaba, podría perderlo. No quería renunciar a él. Lo quería de todas las formas, incluso ahora. Una locura se había apoderado de ella desde que lo conoció y descubrió su apuesta, y no había cedido.

—¿Habla en serio? —preguntó, sabiendo que él la destrozaría si estuviera jugando con ella.

—Hablo en serio cada palabra. Cásese conmigo, Dorothy. Por favor, cásese conmigo.

Ella bajó para arrodillarse en el suelo con él y lo abrazó. Él la abrazó fuertemente, besando su cabeza mientras esperaba su respuesta.

Ella se apartó y encontró su mirada. —Sí, me casaré contigo. Aunque seas un pícaro que pensó en jugar conmigo esta temporada y hacer una apuesta a mi costa, sé que nuestro estar juntos, todo lo que ha sucedido, ha trascendido lo que se requería para ganar la apuesta.

—No me importa la apuesta. Lord St. Alburn puede tener lo que quiera siempre y cuando yo obtenga el mayor premio, que serás tú si aceptas ser mi esposa.

Dorothy asintió. ¿Cómo podría hacer otra cosa cuando su corazón solo latía por el hombre frente a ella? Cada uno de sus pensamientos era solo un sueño despierta sobre él, lo que estaba haciendo, dónde estaba y si era feliz. Quería hacerlo feliz y ser su esposa. No se le podría conceder un honor más grande.

—Me casaré contigo, sí. Yo también te amo —admitió, sin poder creer cómo su vida había cambiado en tan solo una semana, pero así había sido, y cuán maravillosa y satisfactoria se había vuelto.

Apenas podía esperar a que comenzara su vida como su esposa. Meses y años de felicidad, satisfacción y noches de éxtasis en sus brazos por delante. Podría haber sido un infame pícaro que pensó en jugar con ella esta temporada, pero ya no más.

Ahora, era su infame pícaro, y no lo querría de ninguna otra manera...

EPÍLOGO

Un año después, Londres

DOROTHY ENTRÓ con paso desenfadado en el vestidor de Hunter y lo encontró sentado en su sofá, poniéndose un par de botas de montar con la ayuda de su ayuda de cámara. —Déjanos, John —ordenó, siguiendo al ayuda de cámara hasta la puerta y cerrándola, dejándolos solos por un momento.

Hunter se reclinó en el sofá y le dedicó una de sus deslumbrantes sonrisas que nunca fallaban en acelerar su corazón o hacer que su cuerpo ardiera con renovada necesidad.

¿Alguna vez dejaría de ser el hombre más apuesto y el mejor esposo que una podría desear?

No lo creía.

—Parece que buscas algo, querida —dijo él.

Ella dejó caer el abrigo que llevaba puesto y se quedó de pie frente a él con sus pantalones de montar, camisa y una de las chaquetas de montar de Hunter.

Él echó la cabeza hacia atrás y rio, con los ojos brillando de deleite. —¿Qué tramas ahora, mi adorada esposa? —preguntó, extendiendo la mano hacia ella y atrayéndola a su regazo.

Ella fue de buena gana, rodeándole el cuello con los brazos. —¿Sabes qué día es hoy? —le preguntó, sabiendo que no lo sabría. Por muy importantes y conocedores que fueran los hombres, solo a veces recordaban las fechas más importantes de su vida.

Él frunció el ceño, pensando en su pregunta antes de negar con la cabeza. —No, no creo que pueda recordarlo. No es nuestro aniversario de bodas, eso es dentro de una semana, ni el cumpleaños de nuestro hijo, así que no, no creo que ocurra nada más en esta época del año.

Ella le dio un golpecito en la nariz con el dedo, chasqueando la lengua por su incapacidad para recordar. —Pensé que mi atuendo te lo recordaría —dijo, esperando a ver si lo recordaba.

Su sonrisa se ensanchó y soltó una risita. —Ah, sí, ahora sé qué día es hoy. Ibas vestida de hombre el día que nos conocimos en Hyde Park. Por un momento o dos, me pregunté si había cambiado de bando y decidido que me gustaban más los hombres que las mujeres ese día.

—Lo sé, y qué suerte tuve de disfrutar cómo me mostraste lo mucho que te gusta el cuerpo femenino después de todo.

—Oh, lo disfruto muchísimo —dijo, tumbándola en el sofá y colocándose sobre ella.

Antes de que pudiera decir una palabra, la puso de rodillas y la atrajo hacia él. Dorothy jadeó cuando su virilidad endurecida presionó contra su trasero.

Él tiró de los botones, bajándole los pantalones hasta las rodillas, y ella esperó, a cuatro patas, mientras él también se abría los pantalones. La penetró, tomándola con una fuerza y un salvajismo que ella adoraba. Que pudiera hacer que él perdiera todo el decoro, toda capacidad de actuar como un caballero cuando estaba con ella, era un elixir del que nunca se cansaba.

—Dulce y querida esposa —jadeó él, tomándola, meciéndose contra ella con embestidas perfectas que hicieron que su pulso se acelerara.

Dorothy se apretó contra él, recibiéndolo profundamente, deseando que él rozara ese dulce punto dentro de su cuerpo que siempre parecía alcanzar. Él la embistió una y otra vez, y ella se deleitó con sus caricias amorosas.

Él le besó la espalda, le agarró las caderas y la llevó a un clímax que fue tan rápido y satisfactorio como su matrimonio con Hunter había sido.

—Oh, sí, más fuerte, Hunter —le suplicó.

Él le dio lo que quería antes de que sus embestidas se volvieran irregulares y menos frecuentes, y ella supo que él también había alcanzado el clímax. Su cuerpo vibraba con una sensación exquisita, y respiró hondo varias veces para calmar su corazón acelerado.

Hunter salió de ella y se desplomó en el sofá, y Dorothy se unió a él, recordando subirse los pantalones antes de hacerlo. Se acurrucó a su lado, mientras la mano de él le acariciaba distraídamente el brazo, haciéndole cosquillas en la piel. —Pensé en acompañarte a montar hoy. Estoy vestida igual que tú. Una tradición que pensé que podríamos empezar.

—Bueno, ya me encanta cómo ha comenzado esta tradición. —Encontró su mirada, con una luz traviesa brillando en sus ojos. —¿Significa esto que reviviremos nuestras escapadas de la temporada pasada durante la próxima semana? Dime que recibiré otra de tus perfectas atenciones orales en un baile.

Dorothy rio, dándole una palmada juguetona en el estómago. —Quizás, si prometes llevarme a The White House. Tal vez haya una nueva posición que aún no hayamos probado y que nos quede por ver. Me encanta que me introduzcas a nuevas tentaciones.

Él gruñó, besándola profunda y largamente, su lengua enredándose con la de ella y haciendo que su necesidad por él se reavivara. —Eres traviesa, pícara. Me siento tan apenado por los tontos que se perdieron la oportunidad de ganar tu mano. No creo que haya un marido más feliz en Londres que yo.

Ella alzó la mano y le acarició la mandíbula. —Si tú eres afortunado, entonces yo también lo soy. Te adoro —dijo, con cada palabra llena de sinceridad. Aunque su matrimonio hubiera sido apresurado, su amor solo había crecido y florecido durante el último año, y ahora eran padres de un hijo recién nacido y no tenían más que felicidad en su futuro.

—Yo también te adoro y te amo —respondió antes de besarle la punta de la nariz y ponerse

de pie. La ayudó a levantarse, se abrochó rápidamente los pantalones y arregló su atuendo. —Bien, no hay mejor momento que el presente. ¿Vamos a montar? —preguntó.

Dorothy cogió la gorra que había dejado sobre la mesita al entrar en el vestidor y se recogió el pelo dentro, disfrazándose lo mejor que pudo. —Guía el camino, mi amor.

Él le tomó la mano y salieron juntos de la habitación. —Siempre.

OTRAS OBRAS DE TAMARA GILL

La Sociedad 1777

Amoríos y Duques

Los York Rebeldes

Las Incontrolables Woodvilles

Liga de Caballeros Incasables

Besa al Marginado

Casarse con un pícaro

Lords de Londres

Casa Real de Atharia

Amor escocés a través del tiempo

Una Temporada Robada

Londres Escandaloso

Alta Mar y Grandes Apuestas

Hijas de los Dioses

LIBROS INDEPENDIENTES

Rendición Desafiante

Convenio Atrevido

Pecar con Escándalo

Forajidos

ACERCA DE LA AUTORA

Tamara es una autora australiana que creció en una antigua ciudad minera al sur de Australia, donde se orginó su amor por la historia. Tanto es así, que hizo que su querido esposo viajase al Reino Unido con ella para celebrar su luna de miel, momento donde le arrastró desde los monumentos históricos hacia los castillos y viceversa.

Es madre de tres, dos pequeños caballeros en crecimiento, y una futura lady (eso espera ella) y un trabajo de medio tiempo la mantienen ocupada en el mundo real, pero cada vez que encuentra un momento de paz, ama escribir novelas románticas en una plétora de géneros, incluyendo las regencias, el medievo y viajes en el tiempo.

